

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1868. — Tomo XXXI.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 27. — N° 791.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

SUMARIO.

Discurso leído en la Academia de Ciencias de Madrid. — Opera Cómica; grabado. — Confucio. — La cuestion de Servia; grabado. — M. Chervin, fundador de la institucion de tartamudos; grabado. — Incendio de los talleres del abate Migne; grabado. — M. Train; grabado. — Revista de Paris. — La expedicion inglesa á Abisinia. — La casa de locos llamada asilo Santa Ana en Paris; grabados. — Debe y haber. — Paris: Los bueyes gordos del carnaval de 1868; grabado. — La «Moda del Correo de Ultramar;» grabados.

Discurso

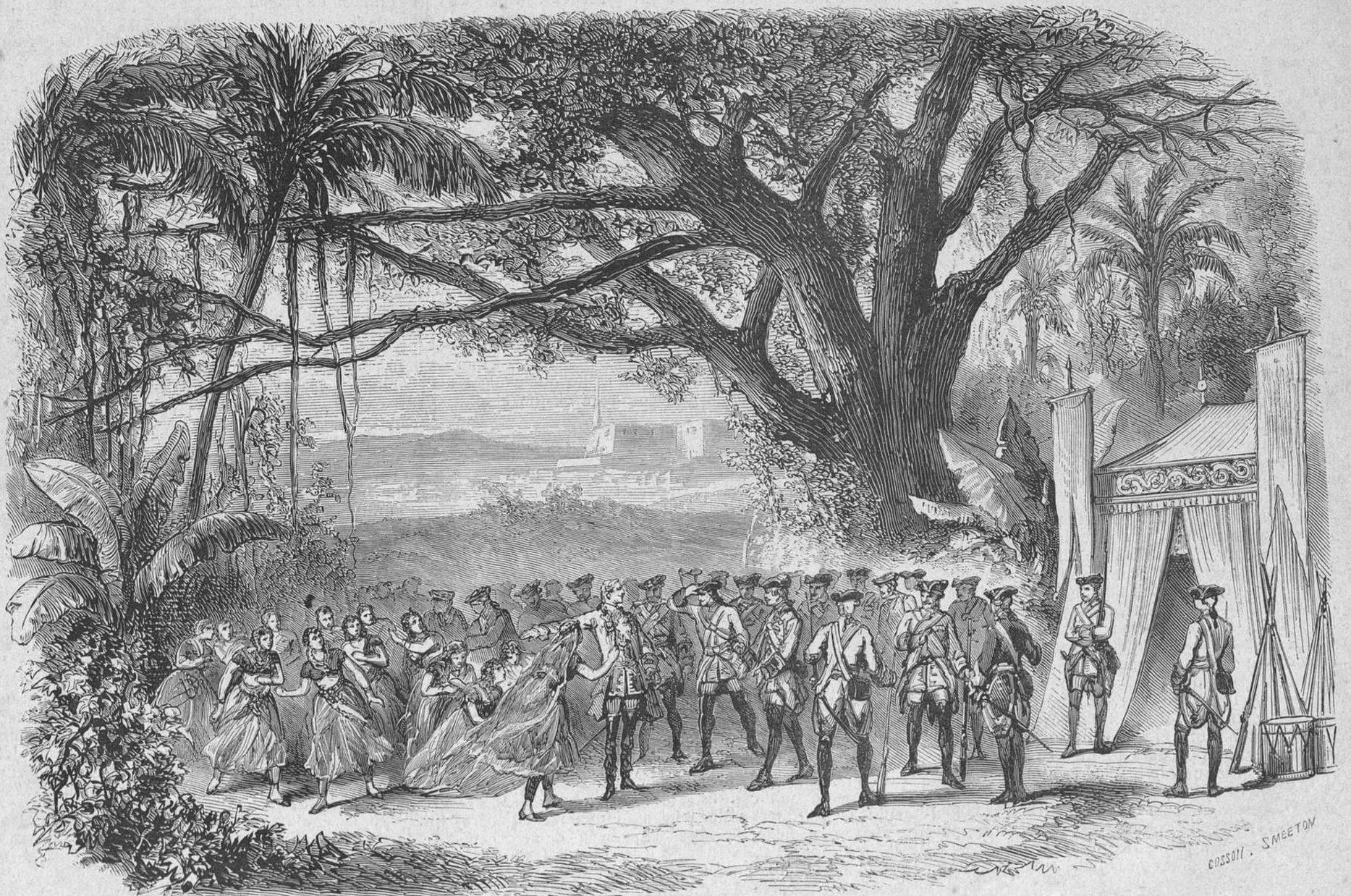
Leído ante la real Academia de Ciencias morales y políticas, en la recepcion pública del Excmo. señor don Antonio Aguilar y Correa, marqués de la Vega de Armijo.

(Conclusion)

Acéptese ó no esta indicacion, lo esencial es que se separe á los jóvenes del resto de los criminales, para acabar con ese plantel de gente viciosa y criminal, ha-

ciendo de ellos útiles ciudadanos, educándolos conforme á los principios de la religion, sin cuyo poderoso auxilio es vano cuanto se haga en materia de reforma.

La educacion religiosa es en todos, pero mas entre los jóvenes, el instrumento poderoso de la correccion, no perdiendo de vista que en esos establecimientos se encierra al joven para ser castigado, á fin de que pueda ser corregido, y rechazando toda tentativa de confundir las cárceles y prisiones con los establecimientos de beneficencia; distincion que importa mucho mantener, pues como dice perfectamente M. Moreau Christophe, el objeto de las prisiones es reprimir y castigar, y el de



OPERA COMICA. — *El primer dia de felicidad*, nueva ópera de Auber, Acto I, escena 2ª

COSSON. SMEETON

los establecimientos de beneficencia es moralizar y precaver.

Esto es mas importante en nuestro pais, en donde, si algo se ha hecho en las cárceles, ha sido por sociedades de hombres, y en particular de señoras, que, llenas de los mejores deseos, y creyendo que la falta de sentimientos religiosos era la única causa de muchos crímenes, y desconociendo el corazón humano, al que juzgaban por el suyo, se dejan engañar por esas almas endurecidas, que por medio de la hipocresía logran liberarse de las penalidades de la prisión, cambiando su condicion de criminales por la mas dulce del catecúmeno, y con su fingido arrepentimiento llegan á interesar tanto á sus protectores, que las presentan á los ojos del mundo como unas heroínas y quizás como unas santas.

De no menos trascendencia es la reforma de los demás criminales.

Grandes objeciones se han presentado al aislamiento, si bien en el terreno de la experiencia ha salido triunfante de los sistemas rivales, hoy, sobre todo, que no es el primitivo de Auburn ni de Pittsburg, en que se encerraba al criminal por espacio de mucho tiempo, cara á cara con su crimen, y sin la distraccion que le proporciona el trabajo, moralizándole y dándole mas tarde una ocupacion útil en la sociedad.

Muchos gobiernos han creído, sin embargo, preferible el aislamiento de noche, y el trabajo en comun de dia, pero en silencio, creyéndolo tan eficaz y menos peligroso.

El sistema Auburn ofrece la casi invencible dificultad de conservar el silencio absoluto, base de la reforma, y sin el cual vendria abajo en todos sus pormenores. El uso constante de los castigos corporales para conservarlo, aplicado con mas ó menos dulzura, pero siempre necesario; el tenerse que valer de hombres especiales para la direccion y custodia de prisiones de este género, y sobre todo la imposibilidad de evitar la inteligencia, si no de palabra, por señas, de los criminales, son bastantes motivos para comprender la dificultad de introducir ese sistema en un país meridional, y en donde tan pocos hombres tenemos de aptitud especial para cada empleo.

Pero ¿vais á encerrar en una estrecha celda á un español por espacio de mucho tiempo? Pues entonces habrá muchos menos criminales; pero en cambio el Tesoro de la nacion no bastará para establecer manicomios en que encerrar los dementes que produzcan vuestras prisiones.

Esta es la objecion capital con que se ha combatido y combate el sistema del aislamiento. Verdad es que en las primeras experiencias que se hicieron en Filadelfia con el aislamiento absoluto, se observaron algunos casos de enajenacion mental; pero no es siquiera comparable la situacion de un penado, á quien se encerraba entonces en una cárcel sin distraccion de ninguna clase, con la prohibicion absoluta de hablar hasta con los encargados de la prision, y sin salir jamás de su celda, con la del penado hoy, que pasa su tiempo entre la meditacion, el trabajo y el paseo; que recibe todos los dias la visita consoladora del capellan de la prision, del director y del maestro, sin contar que puede hablar con sus guardianes, y una vez al mes, si su comportamiento lo merece, con su familia.

En la penitenciaría de la *Roquette* de Paris, se observa una gran disminucion en la mortalidad, comparada con la que habia cuando los trabajos eran en comun, y una enorme diferencia de cuando se seguia el sistema antiguo, sin que aparezcan sino muy raros casos de enajenacion mental. Es verdad que estos son jóvenes, en cuya edad hay menos reflexion; pero aun así, ¿se ha calculado bien la mortalidad de nuestras prisiones y presidios?

Hecha la misma observacion en los Estados Unidos, Francia Inglaterra y Prusia, los resultados han sido favorables al sistema de aislamiento, y como, por otra parte, no es mi ánimo ni puede serlo interin no se hagan experiencias entre nosotros, que el encierro se sustituya á todas las personas, sino que cumplan las condiciones del Código penal, desatendidas en parte con la confusion de los penados que conceptúa no tienen igual grado de penalidad, se verá que aun dando por supuesta la exactitud de los argumentos empleados por los mayores adversarios del sistema que se propone, las consecuencias no pueden ser de tanta gravedad como se quiere suponer.

La reforma, pues, debia comenzar por todos aquellos que fuesen sentenciados á menos de diez años de prision ó presidio, porque la sociedad no debe haber perdido aun la esperanza de hacer de ellos útiles ciudadanos.

Después de la comunicacion y aunque no de tanta importancia, hay en los establecimientos penales de España en que se trabaja, otro mal que debe corregirse, y lo que ha sido ya en los de otras naciones; hablo de la parte de la ganancia que se da en mano á los penados. Esta cantidad no puede tener mas resultado que la relajacion de la disciplina con la compra de comestibles, cuando no se destina á otros usos menos inocentes, y por eso debe suprimirse la cantina, que, además de acostumar á los penados á gastos superfluos, vicia su naturaleza con el uso de los licores espirituosos, disminuye de una manera indirecta la penalidad y hace su existencia mas agradable que la del trabajador honrado; extremo del que es preciso huir á toda costa, pues el criminal viene á la prision á purgar un delito, y de este punto de vista pende quizás toda la eficacia de un sistema penal.

Diferentes han sido las opiniones respecto al fondo

económico, creyendo muchos que por el mal uso que hace de él la generalidad de los penados, deberia tambien suprimirse, indemnizando con este ingreso al Estado de los gastos que hace para su sostenimiento durante el tiempo que están en la prision, ó remitiéndolo a la administracion á sus familias.

Creo otros que esta medida quitaria un grande estímulo al trabajo, y seria un castigo para el que, deseando mejorar de vida, se encontrase sin recursos al dar los primeros pasos en la sociedad, ocasion de peligros para el que ha cumplido una condena. Por mi parte juzgo siempre necesario el fondo económico y tanto mas, cuanto que aun no existen entre nosotros las sociedades benéficas de otros países que consuelan al penado en la prision, y le auxilian á su salida hasta encontrar una manera honrosa de vivir, que al mismo tiempo le anime al trabajo.

Antes de pasar á otros establecimientos, y para terminar lo dicho sobre los presidios, no puedo dejar de llamar la atencion hácia el modo de cumplir sus condenas los penados por delitos meramente militares, que se hallan confundidos con los sentenciados por crímenes horrendos.

En toda Europa existen hoy penitenciarías militares sujetas á una disciplina rigurosa, y distinta de aquellos donde se expian los delitos comunes, evitando el pernicioso influjo de un contacto que rechaza la moral. Urge llevar entre nosotros esta reforma á cabo, destinando edificios especiales para los que han cometido delitos puramente militares.

IV.

Aunque la ley impone iguales castigos á todos los criminales, sin distincion de sexo, sucede que en las prisiones de mujeres de España, excepto la capital, las penas se reducen á una sola: la reclusion.

Nada mas lejos de mi idea que pedir se agrave la penalidad de estas desgraciadas, entre quienes afortunadamente se ven menos delitos que entre los hombres, efecto sin duda, en su mayor parte, de la educacion religiosa que reciben. Notándose, sin embargo, en semejantes establecimientos los mismos vicios ya señalados al tratar de las prisiones de los hombres, siendo, por lo tanto, necesaria su inmediata reforma.

No puede ocultarse, al tratar esta materia, de cuánta gravedad sea la reclusion solitaria para las mujeres; pero mitigando el número de años señalado para la duracion de la de los hombres, dando una gran importancia á la educacion religiosa y al trabajo, y premiando el buen comportamiento en la prision con mayor comunicacion con las señoras que compongan las asociaciones benéficas, las cuales tienen entonces mas ancho campo en que desenvolver su caridad y su celo, los peligros del aislamiento desaparecen.

Además, la organizacion que propongo permitira sustituir los guardianes de las prisiones con personas del mismo sexo, excusando el aislamiento el uso de la fuerza que trae la vida comun de las reclusas; y con esto se ganaria en moralidad, hasta el punto de poder ponerlas al cuidado de las hermanas de cualquier instituto religioso, siendo cada una de ellas, á la par que una maestra de moral y de labor, una vigilante incorruptible.

V.

Por mas que hubiera querido prescindir de los presos políticos, clase de delincuentes que desearia ver extinguida, ó siquiera muy aminorada, puesto que existe y existirá todavia numerosa por mucho tiempo, no puedo excusarme de consagrarla un momento de atencion.

Con profundo sentimiento he visto siempre encerrar en los mismos edificios que á los criminales comunes, y las mas de las veces juntos con ellos, á los que una mera sospecha señala como reos de un delito que suele ser bien pronto motivo de galardón para el que antes se consideró culpado.

Aparte de la injusticia que se comete al confundir los acusados de delitos políticos con los delitos comunes, es rebajar la consideracion y dignidad humana. Mala seria, pero tolerable, si las cárceles se ajustasen al sistema celular; pues reinaria la separacion mas completa entre uno y otros; pero inicuo é indigno reinando el desorden actual.

En todo país civilizado estos delitos deben ser considerados de una manera enteramente distinta de los comunes, y por lo tanto, diversos los establecimientos donde se purguen, desde la detencion hasta el cumplimiento de la pena.

El Código penal castiga, es verdad, con cadena y presidio en sus diferentes grados los delitos contra la seguridad del Estado y la conspiracion, pero no puede ocultarse tampoco que, á favor de estos artículos, y por efecto de nuestras frecuentes discordias intestinas, no se establece una diferencia completa entre el que á la sombra de una causa política comete delitos comunes, que deben ser penados como tales, y los delitos meramente políticos. Estas diferencias son difíciles de apreciar á primera vista, y hé aquí una razon poderosa para que dicten la sentencia personas de gran capacidad y amor á la justicia, y para que la tramitacion sea todo lo rápida que requiere la naturaleza del delito, sin menoscabo de las formas tutelares de la inocencia oprimida.

No pretendo emitir ahora una opinion sobre el sistema que deberia seguirse con esta clase de culpados; mas séame lícito indicar, que aun introducida la reforma propuesta en el sistema carcelario, deberia colocarse á los presos políticos en edificios completamente distintos de los destinados á los que han cometido delitos comunes.

He señalado los vicios de que adolecen, á mi modo de ver, las cárceles y presidios de España, é indicado la reforma que mas conviene, atendida la índole de los habitantes para que tenga la debida aplicacion el Código penal y se aprovechen los consejos de la ciencia moderna.

No se me oculta la dificultad de encontrar hombres que comprendan y secunden el pensamiento de reforma, ni la de sufragar los considerables gastos que habrá de producir, pues aunque á la larga fuesen sobradamente compensados, es lo cierto que quien la acometiera con resolucion se veria en la imposibilidad de llevarla á cabo sin desatender otros objetos del servicio público.

A trueque, pues, de obtener algun fruto, es preferible que se haga paulatinamente, por mas que entonces los resultados no hayan de ser inmediatos. Por otra parte, recomienda la prudencia que la práctica vaya confirmando los preceptos de la teoría.

Empréndase, pues, la reforma de nuestras cárceles, sin cuyo primer paso es vano cuanto se intente; introduzcase este aislamiento relativo ya indicado, acelérese la tramitacion, sin olvidar los deberes de la justicia, y si á tan útil é indispensable reforma se agrega la separacion en edificios especiales de los jóvenes, bien aplicándoles el aislamiento con el trabajo, y la instruccion religiosa, bien el sistema de las colonias agrícolas, que deberia ciertamente ensayarse en España; cuantos apetezcan ver planteada una reforma completa, se darán por satisfechos, seguros de que las ventajas que reporte la sociedad de este primer paso, promoverán el desarrollo de todo el sistema.

Claro y evidente es que si poderosas consideraciones, expuestas mas arriba, obligan á prorogar el aplazamiento de la reforma radical de nuestros presidios, no obsta para que la administracion, que indudablemente conoce y deplora su estado, no deba poner algun remedio, acercándonos al sistema penitenciario que en casi toda Europa y parte de América prevalece.

Comiéncese por enviar á los presidios de Ultramar todos los penados de largas condenas, como se está haciendo ahora en Francia; lo cual cabe dentro de nuestro Código, y lo aconsejan de consuno la situacion de nuestras posesiones allende los mares, y el efecto moral que causa en nuestro pueblo solo la idea de la deportacion.

Así se facilitaria grandemente la reforma, porque los mismos penados podrian dedicarse á construir sus prisiones, como se hizo en los Estados Unidos, al construir la prision de Sing-sing, y disminuido en gran manera el número de los penados en la Península, podria, vendiéndose los edificios que hoy ocupan, conllevarse con su importe el coste que necesariamente ha de producir el cambio de sistema.

Entre tanto y no perdiendo de vista que lo que ahora se aconseja es el medio de pasar de uno á otro sistema, deberia introducirse desde luego el aislamiento de dia y de noche en los edificios en que fuera posible, y en los demás solamente de noche, con lo que se evitaria el contagio y la propaganda del crimen, hoy inevitable, porque es imposible la vigilancia. Esta precaucion, á la par que higiénica y moral, no es grandemente costosa, pues la celda para dormir no necesita ni el espacio ni las condiciones que aquella en que se ha de trabajar y pasar gran parte de la vida de reclusion.

Bien conozco que el trabajo de dia, obligatorio para todos y en talleres comunes, permitiendo solo la comunicacion en lo tocante al arte ú oficio, pero cuidando y castigando severamente otra clase de conversaciones, es imposible sin los castigos corporales que yo repugno; pero por imperfecto que sea el silencio que pueda conseguirse, la sociedad irá siempre ganando, si se compara con lo que hoy pasa en las cárceles y presidios en donde se habla y no se trabaja.

Suprimanse las horas de recreo y sustitúyanse con un ejercicio higiénico, tal como el paseo en formacion; no perdiendo de vista que los presidiarios purgan un delito, y por tanto no deben ser, no digo mejor, pero ni aun de igual condicion al honrado trabajador, dándoles esos descansos y recreos de que él apenas disfruta.

Destiérrense las cantinas y toda clase de juegos, así como aquellos trabajos que pueden ahogar en el corazón del penado todo conato de arrepentimiento. Y por último, cúidese sobremanera de la instruccion moral y religiosa, sin la cual toda esperanza de enmienda será vana.

Así, de grado en grado, podria pasarse de nuestra confusion actual al sistema que recomiendo. Comprendo que estas reformas no producirán todos los resultados apetecibles, pues no basta dificultar el contacto entre los penados sino que conviene evitarlo por completo; sin embargo, seria un paso de gigante dado en este camino, y una conveniente preparacion para llegar al término de nuestros deseos.

VI.

La reforma de las prisiones en España seria incompleta si no fuese acompañada de ciertas mejoras en su

administración interior, y en el exterior de las sociedades benéficas que contribuyan á la par que á la moralización del penado, á evitar su reincidencia.

Hoy no se exige, por regla general, de los jefes de un establecimiento penal mas que moralidad y carácter; y de aquí el buscarlos entre antiguos militares que, después de largos años de servicios, vienen á pasar el resto de su vida al frente de un presidio.

El gobierno interior de estos establecimientos tambien está encomendado á militares, comandantes, mayores y ayudantes; pero en la reforma que es objeto de este discurso, el régimen debe variar por completo, porque los casos de fuerza, con el aislamiento, habrán de ser muy raros, y la aplicación general del trabajo exige que los empleados conozcan por lo menos un oficio para que puedan servir de inspectores y maestros. Así se pide que las condiciones del director sean muy distintas, pues ya no basta la moralidad y el carácter, si no que, dada la nueva organización, tambien se requiere que sea hombre de administración, de vocación especial y gran conocedor de los resortes que mueven el corazón humano.

Pero si es importante para la realización de una reforma el personal que ha de llevarla á cabo, no lo es menos que la sociedad esté dotada de aquellas instituciones que la completan, y las sociedades de patronato son al sistema penitenciario lo que el telégrafo eléctrico al camino de hierro. En efecto, por mas que las sociedades de patronato y esta aplicación de la electricidad, sean posteriores al sistema penitenciario y á las vías férreas, no acertamos hoy á comprender las complicadas maniobras de un ferro-carril sin aquel auxiliar, así como no puede realizarse el objeto de la reforma penal sin aquella arma poderosa.

La admirable organización del sistema de Cherry-Hill, así como la menos perfecta de Auburn, se estrellaban siempre ante el número creciente de las reincidencias; y aunque el primero llevaba siempre ventaja al segundo, tanto eran los reincidentes, que habrían minado el sistema por su base, si los hombres pensadores, en vez de buscar en las mejoras de la prisión el remedio del mal, no hubieran atacado su raíz dentro de la sociedad.

No basta para la reforma del criminal que este tema el castigo, sufra la pena y se prepare dentro de la prisión para que ni la falta de la instrucción religiosa ni de medios de ganarse la vida sean causa de su reincidencia, sino que es menester que sus buenos deseos hallen protección en la sociedad cuando vuelve á la libertad.

En la manera de ejercer el patronato sobre los que han cumplido su condena hay que huir del escollo, señalado mas de una vez en este discurso, de hacer de mejor condicion al que sale de la prisión que al hombre libre, pues entonces seria una especie de prima que le animaria á delinquir; y por eso M. Bonneville los divide en diferentes clases, y dice que el que ha cumplido su condena con buena nota y ha dado señales de arrepentimiento, solo puede exigir de la sociedad que separe de su camino los obstáculos que contra él ha creado la misma expiación del crimen.

Tampoco debe prolongarse indefinidamente el patronato de los adultos, por un orden de consideraciones semejante al expuesto; cosa tanto mas fácil de realizar, cuanto que la estadística nos manifiesta que la mayor parte de los reincidentes lo son en los dos primeros años que recobran su libertad, pasados los cuales, y dadas muestras de su arrepentimiento, debe desaparecer de su libreta el sello que marca su origen, y entrar por completo en la situación de los demás miembros de la sociedad.

Examinada esta grave y trascendental cuestión, como he podido hacerlo en los estrechos límites de un discurso, y apuntados los graves problemas que encierra, y cuya resolución debe preocupar grandemente á los hombres pensadores, por el íntimo enlace que tienen con todos los que agitan á las sociedades modernas, me daria por satisfecho si hubiese llamado sobre tan importante materia la atención pública, y en particular la de la Academia, y si en algo contribuyese á que, dilucidada como reclama su gravedad y trascendencia, se despertara al deseo de acometer una reforma, que ha de ser la base de la corrección de nuestros penados, y una nueva mejora, que reclama el estado de nuestra sociedad.

He dicho.

Confucio.

INFLUENCIA DE SU DOCTRINA SOBRE EL PUEBLO CHINO.

Entre los varones ilustres que los antiguos anales de la China recuerdan á la posteridad, Confucio es, sin duda, el mas digno de estudio, por la influencia que su doctrina ha ejercido en las costumbres, en la constitución y aun en el destino de un pueblo. Veinte y cuatro siglos han transcurrido desde la fundación de la escuela de Confucio, y el nombre del sabio chino, transmitiéndose de generación en generación, aumenta en esplendor, crece en popularidad, y llega á nuestros días rodeado de una aureola casi divina: sus palabras son erigidas en dogmas, sus máximas en leyes, y su doctrina

forma hoy el Código moral y civil del mas vasto imperio del universo.

Confucio, ó Vung-fu-fsz, que es su verdadero nombre, nació 549 años antes de Jesucristo, en el pequeño reino feudatario de Lu, que corresponde á la actual provincia de Shang-tun. Huérfano de padre desde la niñez, el joven Confucio fué puesto por su madre en una escuela pública, donde pronto sobresalió entre sus compañeros por su aplicación y conocimiento de los escritos antiguos, obteniendo á la edad de diez y siete años el mandariato de inspector de productos agrícolas. En esta posición, aunque subalterna, se distinguió por su celo y recitad; pero habiendo muerto su madre algunos años después, Confucio renunció su destino, obedeciendo á una antiquísima costumbre en China, que aun hoy está en vigor, y durante tres años se dedicó exclusivamente al estudio. La meditación y el aislamiento exaltaron su imaginación febril, y creyéndose comisionado especialmente por el cielo para inspirar á los hombres la virtud, se erigió en reformador de las costumbres, y pronto su palabra y su ejemplo le conquistaron multitud de admiradores y sectarios.

Impelido por el deseo de extender sus doctrinas, recorrió varios de los reinos en que entonces se hallaba subdividido el imperio, y acogido con interés por algunos príncipes, llegó á ocupar destinos muy importantes que, aumentando su influencia, le dieron ocasion de propagar sus principios de moral con mas éxito, y de adaptar á ellos las leyes administrativas y sociales de aquellos países. Pero si cautivó la admiración de algunos, en otros excitó la envidia, y una vida agitada y desigual fué la sola recompensa que obtuvieron sus esfuerzos por regenerar la humanidad. Confucio se mostró siempre, sin embargo, superior á las circunstancias, y su alma noble y generosa ni dió entrada al orgullo en la prosperidad, ni se dejó abatir en los días de tribulación.

«La moral de Confucio reposa en estos cinco principios fundamentales: la *humanidad* ó caridad universal entre todos los de nuestra especie sin distinción; la *justicia*, que da á cada individuo lo que le pertenece, sin favorecer á uno mas que á otro; la *conformidad á los ritos prescritos y á los usos establecidos*, á fin de que los que componen la sociedad tengan una misma manera de vivir, y participen de las mismas ventajas como de los mismos inconvenientes; la *probidad* ó rectitud de espíritu y de corazón que hace buscar en todo la verdad; y la *sinceridad* ó buena fe, es decir, esa franqueza mezclada de confianza que excluye todo fingimiento ó decepción, tanto en la palabra como en las acciones» (1).

Entre los deberes del hombre, la piedad filial ocupa el primer lugar, y de este precepto, Confucio deduce las reglas de conducta que han de presidir á las relaciones entre los esposos, entre el amo y los criados; y en la gerarquía oficial entre superiores y subordinados. Recomienda el *nosce te ipsum* como la única vía para llegar á adquirir la virtud, y una estricta imitación de los antiguos sabios: este último precepto, íntimamente ligado con el de la piedad filial, ha sido llevado por Confucio á un extremo peligroso, según diremos mas adelante.

Como complemento de esta ligera reseña, añadiremos los siguientes aforismos de Confucio, tomados del *Middle Kingdom*:

«No te aflijas de que los hombres no te conozcan, pero sí de que tú no conoces á los hombres.

El estudio sin la meditación no aprovecha; pero la meditación sin previos conocimientos deja el espíritu intranquilo y abatido.

La riqueza y honores sin virtud, me parecen una nube pasajera.

La conducta del sabio es afección (caridad), y benevolencia en práctica.

En tu exterior, ni vayas desaliñado, lo cual te igualaría á un salvaje, ni adornado como un petimetre: sea tu exterior moderado y decente, y parecerás un hombre honrado.

Aun no he encontrado un hombre que ame la virtud como la generalidad de ellos ama el placer.

El hombre perfecto ama á todos sus semejantes sin dejarse llevar por afecciones privadas, y no considera mas que el bien público ó la estricta razón: el vicioso, por el contrario, ama si das y aprecia si lo alabas.

El hombre perfecto nunca está satisfecho de sí mismo: el que está satisfecho de sí mismo no es perfecto.

El que es aplicado y desea progresar en sus estudios, no se avergüenza de preguntar á los demás.

El pecado en el hombre virtuoso es como un eclipse del sol ó de la luna: todo el mundo le observa, y la mancha pasa.

La paciencia es la mas necesaria de las virtudes en el mundo.

A la edad de sesenta y ocho años, volvió el sabio chino á su país natal, y rodeado de sus discípulos mas queridos, se dedicó á condensar en un sistema doctrinario las máximas que habia propagado en sus viajes, y á poner en orden los *king* ó libros canónicos. Confucio murió á la edad de setenta y tres años, 476 antes de nuestra era, y sus aforismos y escritos, comentados luego por su nieto Tsz-sz, por Meng-tsz y otros discípulos, forman hoy la literatura clásica del pueblo chino.

Tales son las bases en que Confucio funda su doctrina moral, en la cual no se encuentra noción alguna sobre la divinidad y la inmortalidad del alma.

Respetemos su intención al proponerse reformar las viciadas costumbres de aquel siglo, y la abnegación con

que condujo tan noble empresa; pero ¿ha contraído el moralista chino, ante la historia, títulos suficientes al tributo de admiración que le rinden cien generaciones, á la apoteosis con que lo han divinizado los sinólogos europeos modernos? No: la obra era imperfecta; faltaba la piedra angular del edificio, sin la cual este habia de desplomarse. Era preciso, ante todo, revelar la esencia superior é imperecedera del alma, y como consecuencia de este principio difundir á través de esas máximas morales el sentimiento religioso, pues así como la moral es la base de la religión, esta es el complemento de aquella, y ambas necesitan unirse para subsistir. ¿De qué sirve dar al hombre la norma que ha de regular su conducta en la tierra, si no se pone un freno á sus pasiones enseñándole que las buenas acciones redundarán en provecho propio, y que las malas le han de acarrear un castigo eterno? Así lo comprendieron todos los legisladores en materia moral, pues vemos esos mismos preceptos de la doctrina de Confucio, que son tambien las del decálogo cristiano, formando la base de un sistema de religión en el Corán de Mahoma, en el Zend-avesta persa, en el Kaghjur de los budistas, en los Vedas inspirados por Brahma.

Confucio no fué ateo en el sentido estricto de la palabra. Poco antes de su muerte, refiere la historia, quiso dedicar al cielo el fruto de sus trabajos, y reuniendo á sus discípulos predilectos en una montaña, colocó los *King* ó libros clásicos sobre un altar, y postrado de rodillas, adoró al *Shang-ti* (1); pero no hay duda que el sabio chino obró en esta ocasion por rutina, siguiendo una costumbre tradicional de sus antepasados, y sin darse razon de aquel acto, pues si la carencia de toda idea sobre la divinidad que se observa en sus escritos no fuese prueba suficiente de este aserto, él mismo lo confirma al exclamar: «Cuando tan poco conozco de las cosas de este mundo, ¿cómo puedo saber lo que hay mas allá?» La ausencia de sentimientos religiosos que se nota en Confucio, ha hecho estéril su doctrina, y sus efectos son hoy palpables.

Esas máximas de moral sublime se han trasmitido incólumes á través de mas de veinte siglos; en ellas se ha basado la legislación social del pueblo chino, y no obstante estos elementos de virtud, la codicia, el egoismo y la mala fe son las cualidades prominentes de una raza que supera en dotes intelectuales á todas las del Asia.

Pero si la doctrina de Confucio fué estéril en el campo de la filosofía, en el terreno de la vida práctica ha sido pernicioso. Confucio, exagerándolo, ha bastardeado el mas bello sentimiento del corazón del hombre, la piedad filial, hasta el punto de convertirlo en instrumento de muerte en la civilización de un pueblo. De su doctrina se escapa un fruto á la humanidad. «Deteneos, dice, locura es pretender superar á los antepasados; ellos han de ser vuestro modelo, y toda tendencia al progreso es un insulto á sus manes; refrenad pues la inteligencia, y dedicadla exclusivamente á imitar las virtudes de los que nos precedieron.» Y este grito, cuya acción deletérea, el tiempo y la distancia no consiguieron menguar, se extendió pronto á los ámbitos de la nación china, y trasmitido á la posteridad por las tradiciones, detuvo la marcha de una civilización que en aquella época remota ofrecia un porvenir brillante. Cuando los fenicios lanzaron al Mediterráneo sus primeras naves, ya los chinos surcaban los procelosos mares del extremo-Oriente, á favor de una brújula que nosotros conocimos 2,500 años mas tarde (2); en aquel tiempo la ciencia astronómica habia ya adquirido un desarrollo considerable, y los chinos hacian uso de la pólvora, cuya invención hemos atribuido en el siglo XIV al monge Berthold Schwarz. Y este pueblo activo é inteligente que daba tan bellas esperanzas, ha quedado, merced á esa doctrina, estacionario, y hoy figura solamente entre las naciones semi-civilizadas.

Casi al mismo tiempo en que Confucio fundaba su escuela moral, Sócrates sacaba del fango del *sofismo*, radiantes de luz y de verdad, las ideas de un Dios, de una Providencia, de la inmortalidad del alma; Platon, partiendo de estos principios, creaba un sistema completo de filosofía, y de estas ideas surgió instantáneamente una civilización fecunda y vigorosa, una civilización que ha dejado escrito con caracteres indelebles el nombre de la Grecia en la historia de la humanidad.

Hoy ya el pueblo chino en contacto con las naciones de Occidente, se halla colocado en este dilema, que pronto tendrá una solución; ó ha de renunciar para siempre á las ideas retrógradas que ha derivado de la doctrina de Confucio, aceptando la civilización superior que la Europa le ofrece, ó el imperio se desgarrará y sus ruinas serán presa de la voracidad de algunas naciones extranjeras, produciendo así su separación el mismo elemento que mantuvo su unidad.

F. ORTIZ Y MESIA.

China 29 de noviembre de 1867.

(1) Confucio menciona algunas veces el *Shang-ti*, pero como sinónimo de cielo, y sin atribuirle las cualidades propias de una deidad.

(2) La historia china menciona por primera vez la brújula en el reinado de Chin-wang, de la dinastía Chou, 1115 años antes de Jesucristo; pero no como una invención nueva, sino conocida de algun tiempo.

La cuestion de Servia.

Los armamentos de Servia producen justamente una emocion que preocupa en alto grado á las potencias, y por tal motivo nos importa precisar bien aquí la situacion de este principado.

Bajo un doble aspecto se presenta esta cuestion; sin duda interesa en primer lugar á la Servia, mas por sus grandes ramificaciones está unida á ese nudo gordiano de la política europea que se llama la cuestion de Oriente.

El actual estado político de la Servia, está arreglado al tratado de Andrinópolis, que al dejar á este principado su autonomia le conserva aun bajo la suzeranía de la Puerta. Aunque independiente, la Servia continúa siendo una provincia del imperio otomano que se ha reservado por el pacto consecutivo la ocupacion de cinco fortalezas y el pago anual de un tributo de 464,027 francos.

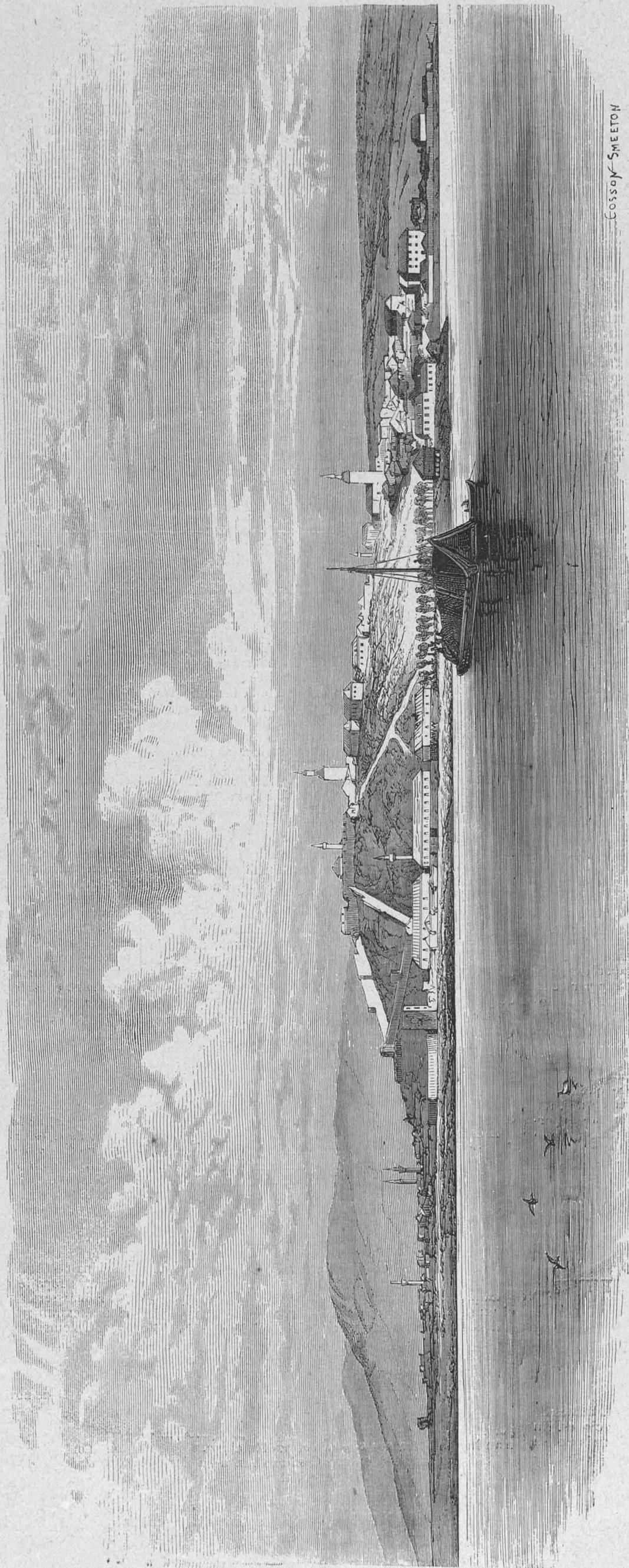
La Servia no ha cesado de luchar enérgicamente contra esta sujecion tan humillante para el orgullo nacional (la guarnicion turca bombardeó á Belgrado en 1864), y sus esfuerzos hasta hoy no han sido infructuosos. El tratado de Paris en 1856, el protocolo de 1862 y el convenio del año último han achicado sucesivamente el campo de la autoridad turca en la Servia. Ya de las cinco fortalezas la Turquía ha abandonado dos, y actualmente solo ocupa las de Feth-Islam, Semendria y Chabatz: el 18 de abril último tuvo efecto la evacuacion de Belgrado.

Estos triunfos han hecho mas activa la accion del gobierno del príncipe Miguel. « La Servia, decia un orador de la Asamblea nacional, debe de ser el Piemonte de los Estados cristianos de la Turquía.» Y aquí en efecto, nos encontramos en lo vivo de los asuntos políticos de la Servia, pues el gobierno de Belgrado no solo quiere librarse completamente de toda sujecion á su suzerano, sino que piensa al mismo tiempo convertirse en foco del vasto movimiento que debe producir lo caída del islamismo en Europa.

Los hechos acuden en apoyo de sus proyectos. Desde hace un año la Servia está armando por su cuenta, y en todo ese tiempo ha recibido de la Rusia grandes cantidades de armas. « Una nueva agitacion se manifiesta en Servia, dice el Libro Rojo de Austria, agitacion que se ha aumentado por circunstancias extraordinarias, entre las cuales debe figurar en primer término la de una vasta importacion de armas.»

Estos preparativos comienzan á dar resultados. No hay duda que la Rusia ha negado altamente la estancia en Servia del general Tchernaiéff, anunciada por el *Times*; pero lo cierto es que otros oficiales rusos han ido allí, que se han armado bandas, que los ánimos están muy excitados, que la influencia eslava se hace sentir á lo largo del Danubio, y que todo el mundo se pregunta si estamos en vísperas de la explosion final de la cuestion de Oriente.

¿Avanzará ó retrocederá la Rusia? Este es el punto capital, y entre tanto el Libro Rojo austriaco nos confirma la noticia de las representaciones hechas en Belgrado por



SERVIA. — Vista general de Belgrado, tomada de Semlin.

la Francia, la Inglaterra y el Austria. Estas representaciones nos demuestran ya cuál será en caso de conflicto, la actitud de las potencias.

Nuestros lectores hallarán con estas líneas una vista de Belgrado, capital de Servia, vista tomada de Semlin que solo el Danubio separa de Belgrado. Por su situacion en la confluencia del Danubio y del Save, Belgrado unido con el Austria y el Adriático por líneas férreas, es uno de los puntos mas importantes de las regiones danubianas. Esta es otra de las ventajas que dan á los serbios la conciencia de su fuerza y de la mision que han de cumplir, y segun el lenguaje del *Vidovdan*, órgano del gobierno servio, respondiendo á las representaciones de las potencias: «Es preciso que la Servia elija entre la paz sin libertad ó la libertad sin paz.»

E. C.

M. Chervin,

FUNDADOR DE LA INSTITUCION DE TARTAMUDOS.

M. Chervin, que acaba de fundar, con el concurso de Su Excelencia el ministro de Instruccion pública, una *Institucion de tartamudos* en Paris, calle de Eylau, nació en Bourg de Thizy (Ródano) en 1824, y habiendo hecho estudios especiales en la Escuela normal primaria, pasó veinte y cinco años en la carrera de la enseñanza, que ha dejado para consagrarse únicamente á la curacion de los tartamudos, mediante el ejercicio del lenguaje.

Esta nueva institucion recibe alumnos de cualquiera edad y que tartamudean mas ó menos, y todos, al cabo de quince ó veinte dias de tratamiento, se quedan libres de semejante achaque. En el método de M. Chervin no entran remedios, ni operaciones, ni el empleo de ningun instrumento en la boca, sino que está basado en las reglas ordinarias de la pronunciacion: es el método de Demóstenes, sin los guijarros. Gracias á una imitacion activa y constante, el alumno consigue aplicarse la dicción del profesor, y el ejercicio le fortifica en este nuevo modo de hablar, que llega á ser para él natural y fácil.

«Para curar á un tartamudo, dice M. Chervin, voy en derecha al objeto, obligando al tartamudo á que se corrija sin que él lo note. Sin decirselo, le hago recorrer una escala de sonidos, de consonancias y de aspiraciones que constituyen todo el lenguaje, y al cabo de algunas lecciones, durante las cuales le parece á él que ha estado conversando como de costumbre y nada mas, siendo así que estudiaba, se sorprende al observar que pronuncia bien, sin lentitud y sin precipitacion: evitar la repeticion de las sílabas que pronuncia, no es ya para él un esfuerzo difícil, sino una costumbre que ha tomado de articular bien *por imitacion*.»

En un informe pedido por el señor prefecto del Ródano, el doctor Gubian, presidente de la sociedad imperial de medicina, se expresa en estos términos:

«M. Chervin profesa en realidad un método esencialmente inteligente, fisiológico

gimnástico que cura el tartamudeo en un orden de ideas mas elevado, pero poco mas ó menos, del modo que un gimnasiarco instruido é inteligente cambia un individuo endeble y diforme en un hombre bien configurado, ágil y vigoroso.»

Resulta de las cifras oficiales recogidas por M. Chervin y presentadas en la Sorbona, que en diez años han sido exonerados del servicio militar 6,773 quintos, porque eran tartamudos. Esta cifra es enorme, y naturalmente hace desear que se vulgarice el método que acabamos de exponer en breves palabras.

E. V.

Incendio

DE LOS TALLERES DEL ABATE MIGNE.

La primera vez que yo visité en Montrouge los talleres del abate Migne, me dijo un empleado:

— Entre Vd. en ese almacén, tome Vd. á la derecha la calle de la Biblia, luego á la izquierda



M. Chervin.

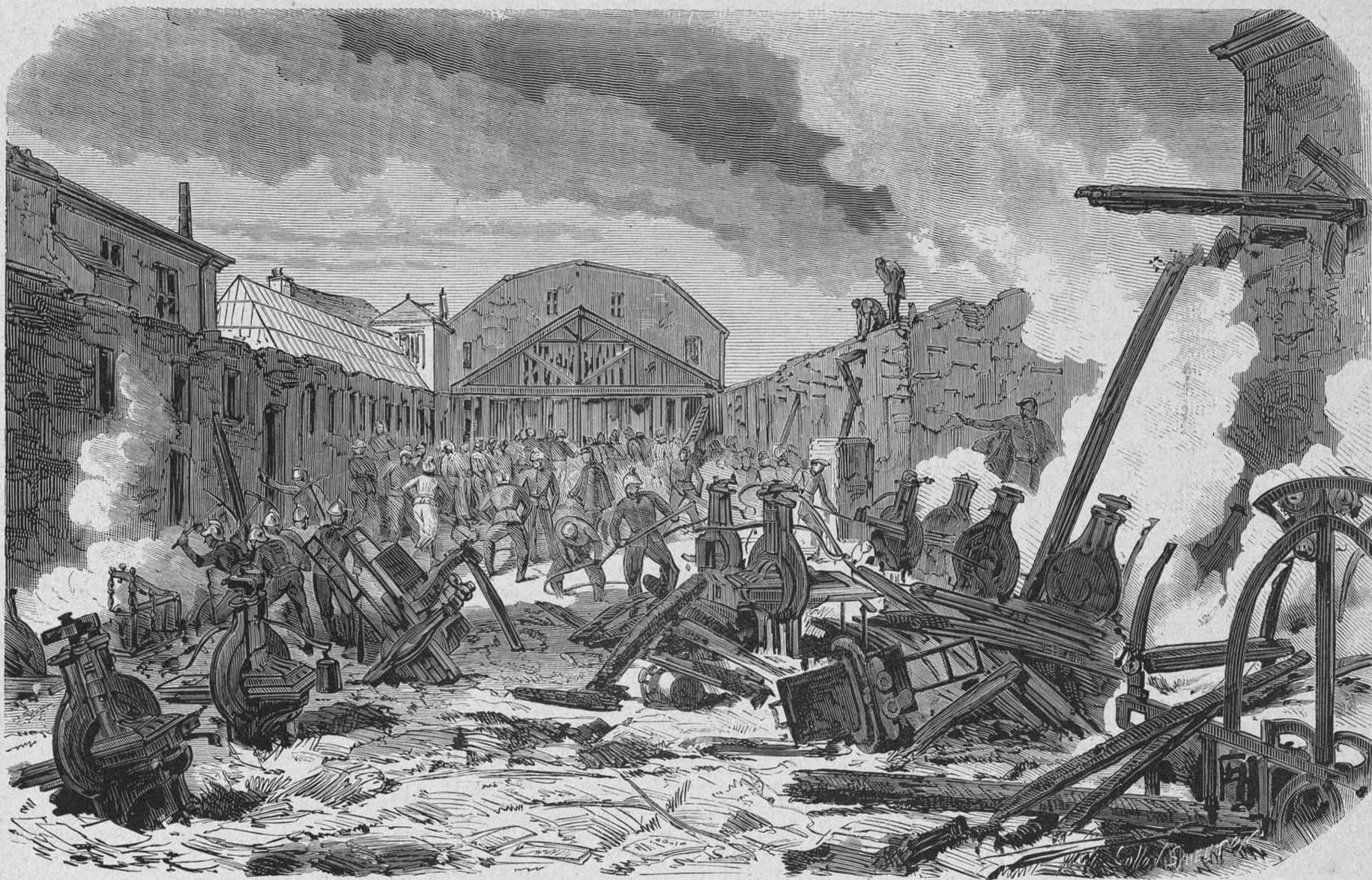
la calle de Bossuet, y en la plaza de los Padres de la Iglesia hallará usted al abate Migne.

Y efectivamente, atravesé largos corredores formados con volúmenes en folio, y al extremo del almacén encontré al abate Migne, indicando en la plaza de los Padres de la Iglesia el sitio reservado al edificio de Tertuliano.

En realidad, la obra emprendida y casi terminada por el abate Migne es inmensa, y el animoso editor puede aplicarse altamente el *exegi monumentum* de Horacio.

Hace treinta y cinco años el abate Migne concibió una idea tan grande como laudable, tan difícil de realizar como majestuosa en su conjunto y en sus resultados. Reimprimir en una forma moderna todo cuanto se ha escrito en defensa de la Iglesia, tal fué el gran pensamiento á que consagró su vida, y solo permaneciendo fiel durante treinta y cinco años á la obra que emprendió, pudo llegar al fin de un trabajo tan gigantesco. La empresa consistía en hacer de nuevo, teológica y tipográficamente, en una edicion perfecta, toda la biblioteca del catolicismo, y hé aqui en compendio la obra de este intrépido editor, que era á la vez cosa rara! hombre de ideas y hombre de negocios.

El abate Migne ha publicado las tres obras siguientes:



PARIS. — Incendio de los talleres católicos del abate Migne.

La *Patrologia*, que comprende todos los Padres de la Iglesia en 391 volúmenes, de los cuales el último estaba en prensa.

La *Enciclopedia teológica*, 171 volúmenes, de los que solo dos quedan por imprimir.

La *Coleccion universal* é íntegra de los oradores cristianos, 102 volúmenes; la impresion de esta obra se hallaba en el penúltimo tomo.

La biblioteca católica del abate Migne comprende pues 664 volúmenes en cuarto mayor, de los cuales no le faltaban mas que cuatro tomos.

Todo esto ha sido presa de las llamas en la noche del 12 de febrero. No hay duda que los libros esparcidos durante treinta y cinco años en el mundo entero no se han perdido; pero el fuego ha devorado muchos manuscritos preciosos, y sobre todo una montaña de *clichés* que representaban los moldes de todas las obras ejecutadas en el establecimiento. El dibujo que damos figura esta horrorosa escena de destrucción. El abate Migne calcula en doce millones de francos sus pérdidas, y las treinta y tres compañías aseguradoras solo garantían seis millones, de modo que el incendio ha sido una verdadera catástrofe, tanto para el creador de la obra como para los seiscientos operarios que se ocupaban en ella.

R. DE M.



M. Train.

M. Train.

El personaje cuyo retrato damos, ocupa extraordinariamente la atención de su país, que es los Estados Unidos. M. Train es uno de esos tribunos excéntricos y turbulentos que tanto abundan en América; pero justo es decir que debe á un notable talento oratorio los brillantes triunfos que ha obtenido en muchos meetings y asambleas populares. Aunque se presenta para las próximas elecciones presidenciales, no se considera su candidatura como una cosa seria. M. Train, que ha estado durante largo tiempo á la cabeza de una compañía de trasportes marítimos, y que ha asociado su nombre á muchas empresas importantes, sobre todo al establecimiento de las vías férreas que surcan las calles de las grandes ciudades americanas, se ha dado á conocer en Inglaterra por la parte activa que tenia en la organizacion de la emigracion de 1846 á 1848.

Hace cosa de un mes llegaba á Irlanda con el objeto de predicar una nueva emigracion, cuando fué preso, aun antes de haber desembarcado, como sospechoso de fenianismo. Reconocido inocente al cabo de tres dias, le pusieron en libertad, y entonces se apresuró á publicar que formaba contra el gobierno inglés una demanda de

cien mil libras esterlinas de daños y perjuicios por la injusta detención que había sufrido, y anunció que haría su primera conferencia en Cork el 28 de enero.

Esta conferencia tuvo lugar con una inmensa afluencia de gente, y fué para M. Train una larga ovación. Ni en su conjunto podríamos analizar su largo discurso; pero vamos á tomar del extracto de la sesión algunos pasajes que ponen de relieve la original fisonomía del orador, y que presentan curiosas particularidades acerca de las costumbres políticas de los ingleses.

Cuando entró en la sala, M. Train fué recibido con un aplauso frenético, al que respondió con profundos saludos, y como las aclamaciones se prolongaran, él mismo pidió silencio, y comenzó así su discurso: «Siempre he considerado, dijo, la independencia del pensamiento como el mas preciado de todos los bienes, y habría creído faltar á mi deber si no hubiese enviado invitaciones á los magistrados que me han preso; con efecto, he repartido billetes de entrada entre los inspectores de policía de Cork y de Quenstower, y he dado órden en la puerta de que admitan gratuitamente á todos los agentes que se presenten con uniforme.» A estas palabras se oyen murmullos y silbidos dirigidos á la policía. «No me interrumpais, continúa M. Train, quiero ser dueño de mi auditorio, y no le permito nunca que su voz cubra la mía. Vuestros gritos solo sirven para turbar la sesión. ¿Qué importa que haya agentes en la sala? Estoy acostumbrado á que me vigile la policía, y nunca me encuentro mas á gusto que cuando me rodean sus hombres, como ahora. Lejos de mí la idea de desagradar á la policía. Ya sabéis que reclamo cien mil libras al gobierno, y me guardaré muy bien de decir algo que pueda comprometer el buen éxito de mi demanda. Por lo demás, he dada mi palabra de honor de que no he venido á conquistar la Irlanda, y esta seguridad vale algo, pues yo abrigo la pretension de salir bien en todas mis empresas...

»Si por desgracia hubiese yo hecho mis estudios en Oxford ó en Cambridge, sacaría del bolsillo un voluminoso manuscrito y me pondría á leerlos algún enojoso farrago sobre un asunto cualquiera; pero lo cierto es que improviso, y confieso que me detiene el temor de decir cosas que puedan parecer desagradables á tres ó cuatro agentes secretos de mis amigos que distingo allí en los puestos reservados.» Una prolongada hilaridad se apodera de la asamblea al oír estas palabras, y luego vuelve á empezar el tumulto, hasta que el orador tiene que reclamar silencio nuevamente. «Sostengo, dice, que todo el que ha pagado su puesto tiene derecho de ocuparlo, y á nadie le asiste el de pedir su expulsión.»

Estos incidentes se repiten diferentes veces, y todas ellas M. Train tiene que intervenir de nuevo, desempeñando así el singular papel de protector de una policía que le era hostil, contra una asamblea que le aclamaba. En su discurso interrumpido á cada instante por los aplausos, desarrolló su plan de emigración, que consiste en trasportar á medio millón de irlandeses al continente americano, para emplearlos en las obras del ferro-carril del Pacifico. Cuando concluyó, muchos de los oyentes se lanzaron al tablado y le pasearon en triunfo en medio de las prolongadas aclamaciones de toda la asamblea.

M. L.

Revista de Paris.

El carnaval parisiense de 1868 ha ofrecido el sempiterno espectáculo de que oportunamente hemos hablado ya en estas revistas en años anteriores. El paseo tradicional de los bueyes gordos con su grotesco acompañamiento de gente disfrazada, guerreros antiguos, jinetes de todas las naciones, toreros, aldeanos y divinidades mitológicas encaramadas en grandes carros simbólicos, ha llamado como de costumbre la atención del pueblo de Paris, y lo mismo el domingo que el martes de carnestolendas, las calles por donde debia pasar este célebre séquito se hallaban atestadas de espectadores.

Para dar una idea de lo poquisimo que cuesta entretener á esta población parisiense tan aficionada á sus festividades nacionales, siquiera sean como la del buey gordo tan poco interesantes en el fondo como en la forma, diremos que este año los organizadores de la fiesta han tenido una ocurrencia que se ha considerado como una novedad digna de grandes elogios. Cuando la comitiva atravesaba la plaza del Carrousel, soltaron en los aires un globo que tenia la forma de un buey del tamaño natural, y que se elevó rápidamente á las aclamaciones de la muchedumbre que llenaba aquella plaza. La enorme masa revoloteó en el espacio, aunque sin perder su centro de gravedad, y todas las miradas la siguieron hasta el momento en que se perdió en las nubes.

Hé ahí la novedad del carnaval de 1868. ¿No es digna de señalarse á la atención pública?

Por supuesto que la ceremonia en cuestión se comenta y se explica todos los años en los periódicos con la minuciosidad que se merecen las cosas importantes. El mismo diario oficial del imperio se entretiene en su número de hoy en dar una reseña completa de lo que ha sido en su origen, y de las trasformaciones que ha tenido esta procesion del buey gordo en el transcurso de los siglos.

Segun esta noticia, la fiesta tuvo siempre un carácter esencialmente popular, y así es que se encuentra señalada

en las crónicas del antiguo Paris. Un autor del siglo XVIII describe la ceremonia como él la vió en 1739: los mozos de carniceros no esperaron aquel año el día de costumbre para hacer la fiesta, sino que se reunieron el miércoles de la semana anterior, y pasearon por la ciudad un buey que llevaba en la cabeza un ramo de laurel, y estaba cubierto con una alfombra que le servía de manta.

Ataviado el buey como las víctimas que se inmolaban en la antigüedad, llevaba encima un niño con una banda azul, que tenia en una mano un cetro, y en la otra una espada desenvainada.

A este niño nombraban rey de los carniceros.

Unos quince mancebos vestidos con justillos encarnados, acompañaban al buey gordo, y dos de ellos le asian por las astas. Finalmente, abría la marcha de tan original cortejo una banda de música compuesta de violines, tamboriles y pifanos.

De este modo, los carniceros fueron recorriendo distintos barrios de la ciudad, y visitaron á los primeros personajes y á los magistrados en sus respectivas casas; mas no habiendo hallado en la suya al primer presidente del Parlamento, tomaron el partido de encontrarle al paso, y con este fin hicieron subir al buey gordo y á su escolta á la sala grande del Palacio de Justicia por la escalera de la Santa Capilla. Ahora bien, cuando salió el señor presidente, formaron la carrera y tocó la música, y luego pasearon al animal por diversas salas, le hicieron bajar por una escalera del patio, y luego continuaron en las calles la ceremonia.

El público ha demostrado siempre tal afición á esta fiesta, que tendria un gran sentimiento si se suprimiera. Ya lo fué en 1790; pero luego el emperador Napoleon I la restableció, queriendo dar gusto á los parisienses, y efectivamente, el 23 de febrero de 1805 apareció de nuevo mas brillante que nunca. Tambien en 1848 se interrumpió hasta 1850, y desde entonces hasta hoy ningun año ha dejado de mostrar á los aficionados sus carros de carton dorado, sus guerros y sus oropeles. En la página 169 de este número, verán nuestros lectores la reproducción, por medio del grabado, de tres de los principales héroes de la fiesta, los bueyes llamados *Nieure*, *Forestier* y el *Luchador enmascarado*, notables todos por sus hermosas proporciones.

Si en las calles de Paris se ha mostrado en los días del carnaval una concurrencia tan compacta, la de los salones particulares y bailes públicos no ha sido por cierto menos considerable. Las noches de los tres días se han celebrado bailando. Ricos y pobres, grandes y pequeños, han tenido sus horas de algazara. Hé aquí pues enterrado el carnaval alegremente. Ahora entramos en un corto período de descanso, durante el cual harán el gasto los conciertos, hasta que se vuelva de nuevo á los bailes.

El año pasado, por este tiempo, todo eran noticias acerca de la gran Exposición universal que se preparaba, y que ha sido en verdad un acontecimiento; la vista actual del Campo de Marte inspira una invencible tristeza. Ahora se está efectuando en él la destrucción de la brillante obra que se hacia en estos mismos meses del año pasado, y con este motivo presenta hoy día el espectáculo mas singular formado por el trastorno de los terrenos, las ruinas de las construcciones elevadas en el parque, los árboles arrancados, los escombros de los palacios y los miles de operarios que se ocupan activamente en esta destrucción general de aquellas maravillas admiradas por visitantes de todas las naciones.

El faro de Roches-Douvres, preciosa torre metálica que descollaba entre tantos monumentos, se halla á punto de desaparecer con la base artificial en que descansaba.

En la parte del parque consagrada á la Francia, están demolidas casi todas las construcciones grandes y pequeñas, y en la de Austria nada queda ya en pié.

El gran pabellon español, que encerraba muestras de las principales riquezas naturales de nuestro suelo, y que se halla situado en el extremo Oeste del parque, parece en el día un alcázar medio derruido, alguna gran ruina de heroicos combates.

La Suiza, la Suecia y la Rusia tienen casi intactas todavía las preciosas casas de madera que fueron tan visitadas.

Bajando hácia el noroeste, aun se descubren las numerosas construcciones otomanas y egipcias; pero ya han desaparecido los ornatos, así como las esfinges del palacio egipcio y el pabellon del virey.

Finalmente, los palacios chino y tunecino que se encuentran en este extremo del parque, son los únicos edificios respetados hasta el día que escribimos.

Nada mas triste que el aspecto del jardin reservado. Solo se distingue allí el esqueleto del inmenso invernáculo de cristal; el aquarium marítimo ha perdido su techo de cristales, y el de agua dulce es un barranco seco. Los pabellones rústicos, los kioscos de madera y de hierro, todas las construcciones de jardin que se levantaban por todas partes, están demolidas, recogidas ó reducidas á montones de escombros.

El palacio de la Exposición, visto por fuera, parece intacto, porque aun no han quitado nada de la pared metálica; pero en el interior no se ve ni sombra de las riquezas acumuladas allí por la industria y el arte de todos los pueblos. Se ha anunciado estos días que el armazon del palacio ha sido vendida por millon y medio de francos, con la condicion de que el comprador ha de dejar el terreno libre en un plazo muy breve. Por lo tanto, no tardaremos sin duda en ver limpio otra vez el inmenso espacio de 14 hectáreas que ocupa este edificio, espacio que servirá de nuevo para campo de maniobras militares.

Entre los acontecimientos de esta semana carnavalesca que tienen su lugar marcado en la crónica, figura un bonito negocio de caballero de industria que asciende al total de seiscientos mil francos.

Diferentes versiones circulan sobre esta jugada maestra, y de ellas vamos á tomar los siguientes datos:

Un caballero muy bien puesto y de finos modales se presentó hace algunas semanas en casa del baron de Rothschild con una carta de crédito.

Su conversacion, sus relaciones sociales, su lenguaje pusieron de manifiesto que era un hombre acostumbrado á grandes negocios.

Establecióse pues cierta intimidad entre el sugeto en cuestión y la célebre casa de la calle Laffite, las cartas de crédito se sucedieron, y ninguna de ellas ocasionó tropiezo de ninguna clase.

En este estado las cosas, el forastero entró un día diciéndole al baron de Rothschild que se disponia á hacer un viaje.

— Sí, exclamó con tono indiferente el que se llamaba capitalista, voy á dejar Paris por algun tiempo, y deseo un consejo de usted.

— Hable Vd. pues.

— Tengo en mi casa por valor de seiscientos mil francos en obligaciones de ferro-carriles franceses, y quiero deshacerme de ellas.

— ¿De todas á la vez?

— Sí, quiero venderlas todas.

— Pues señor, no hay nada mas fácil.

— ¿Usted me aconseja que las venda?

— ¿Por qué no, si tal es su ánimo? Mas diré á Vd., si esto puede agradaarle, yo me quedaré con ellas, añadió el baron.

— Corriente, hablemos del precio.

Se disute un poco, y por fin se cierra el trato.

El capitalista entrega las obligaciones, cuyo número es exactamente el que anunció, y Rothschild paga los seiscientos mil francos, con lo cual el individuo en cuestión se apresura á tomar el camino de hierro.

Pasados pocos días, las obligaciones van llegando naturalmente á la Bolsa, se venden algunas de ellas, se comprueban, y á la primera comprobacion se echa de ver que todos los títulos son falsos.

La falsificación era tan perfecta, que fué menester recurrir á los libros de la compañía para descubrirla.

Ahora bien, los periódicos belgas publican una relacion que contradice los pormenores que anteceden, si bien confirma la veracidad del hecho.

Segun estos nuevos informes, el caso habria ocurrido de esta manera:

Hace algunos días un sugeto de reconocida honradez, un notario de Mons, se presentó en casa de M. G. Lambert, representante de la casa de Rothschild, en Bruselas, y enseñando un título de la compañía del ferro-carril de Orleans, preguntó al banquero si le convendría tomarle á un precio determinado cierto numero de aquellos valores.

M. Lambert consultó á la casa de Paris, enviando en su carta el documento que le habian entregado como muestra.

La casa Rothschild consintió en la negociacion, é informado el negociador, volvió á Bruselas, entregó al banquero el legajo de títulos, y recibió en el acto los seiscientos mil francos que su venta importaba.

M. Lambert envió las obligaciones á Paris, y el cajero de la casa Rothschild las guardó sin exámen.

La primera que salió fué á parar á manos de un particular que debiendo cobrar el cupon, se llegó á las oficinas del ferro-carril de Orleans, donde le dijeron que el título era falso.

Así se descubrió la falsificación.

El individuo hizo toda esta obra con el mayor descaro, como si hiciera la cosa mas natural del mundo. Mandó imprimir los títulos, fingiéndose agente de la compañía de Orleans, falsificó los sellos y las firmas, y luego procedió á la venta.

Segun la relacion de Bruselas, este individuo se llama Seville, y ha sido preso habiéndosele ocupado todo el material de su famosa industria caligráfica. Por fortuna, parece ser que la mayor parte de la cantidad producida por la venta de los títulos ha sido restituida por el notario, que la habia cobrado con la mejor buena fe del mundo.

En los círculos literarios de Paris se habla mucho estos días de la Academia francesa, pues se esperan por una parte los discursos de recepcion de Julio Favre y del padre Gratre, y por otra, como hay dos sillones vacantes, se han puesto en circulacion distintas candidaturas.

Habiase dicho que el señor arzobispo de Paris, monseñor Darboy, tenia intenciones de presentarse como candidato para ingresar en la Academia; pero despues se ha desmentido.

Un periódico que se dice bien informado trae además las siguientes noticias:

En contra de lo que se ha dicho, no se ha fijado aun el día para la recepcion de M. Julio Favre ni para la del P. Gratre, y es probable que ambas recepciones no se verifiquen hasta el mes de marzo. En todo caso se verificarán una tras otra.

Recordaremos aquí que M. de Remusat está encargado de contestar á M. Julio Favre y M. Vitet al P. Gratre. En cuanto á los que han de ocupar las vacantes de M. Ponsard, fallecido en julio, y de M. Flourens, muerto en diciembre, nada se sabe aun de fijo.

Para la vacante de M. Flourens se indica á M. Dumas, pero particularmente á M. Claude Bernard, cuya candida-

tura parece tener mas partidarios. Es sabido que la tradicion de la Academia francesa ha sido siempre admitir en su seno á lo menos á uno de los mas distinguidos individuos de la Academia de Ciencias, así es que á Cuvier le sucedió Biot, cuyo puesto ocupó á su vez M. Flourens.

En cuanto á los teatros tenemos esta vez una obra importante, una nueva ópera en tres actos de Auber, titulada el *Primer dia de felicidad*, que acaba de estrenarse con gran éxito en la Opera Cómica. Tiempo hacia ya que las producciones del célebre autor que ha tenido la suerte rara entre los compositores franceses de ver traducidas al italiano las principales de sus óperas, cantadas á la par con las de los maestros de la Italia en los grandes teatros del universo, mostraban una decadencia mas marcada cada vez y nos hacian suponer que se habia acabado aquella savia que produjo *Fra Diávolo*, los *Diamantes de la Corona*, la *Muda*, etc.; pero el *Primer dia de felicidad* ha sido un brillante desquite de los últimos descalabros. Sí; Auber á la edad de ochenta y siete años ha escrito una de sus obras mas inspiradas, mas llenas de imaginación, frescura y lozanía.

El libretto de los señores Cormon y D'Ennery ha ofrecido al compositor un cuadro muy á propósito para ostentar riquezas de colorido. La acción pasa delante de Pondichery, cuya posesion se disputan Francia é Inglaterra, y el héroe de la fábula es un jóven oficial llamado Gaston, que manda el campamento de los franceses, y cuyo primer acto es liberar á una porcion de sacerdotisas que los soldados habian hecho prisioneras.

Largo sería referir aquí las aventuras de este oficial á quien la suerte implacable tiene declarada una guerra que le hace perder la felicidad en el momento que está para alcanzarla; bástenos saber que le hacen prisionero y le condenan á muerte, si bien en el último instante la adversidad cansada de perseguirle le abandona por fin, y conquista á la vez una herencia, un ascenso y la mano de la mujer que amaba sin esperanza alguna de obtenerla. Entonces luce para él el primer dia de felicidad que ha tenido en su novelesca existencia.

Las piezas notables que contiene la partitura de Auber son numerosísimas, lo que equivale á decir que son muy pocas aquellas en que se observa la falta de esa inspiración sostenida que constituye el mérito de la obra. Todo el papel del tenor Capoul (Gaston de Maillepré), está esmaltado de deliciosas melodías. Entre los demás papeles principales citaremos los de madama Cabel y mademoiselle Roze, tan llenos de sentimiento, de gracia y de ternura. En resumen, el *Primer dia de felicidad* se contará entre las óperas de Auber al nivel de las primeras, y con justicia.

MARIANO URRABIETA.

La expedición inglesa á Abisinia.

En nuestro artículo del número anterior señalamos á nuestros lectores la relación de M. Lejean, cónsul francés hecho prisionero por el emperador Teodoro; hé aquí lo que dice esta relación sobre lo que le pasó en Abisinia:

« El 3 de marzo encargué al fiel *achate* del emperador que le pidiera para mí permiso de viajar.

« Al medio dia vino á anunciarme que Teodoro deseaba no me moviese de mi puesto hasta el regreso de un empleado del istmo de Suez, del cual se habia servido, mediante quinientos talaris, para que le sirviera de enviado de lance cerca del emperador de los franceses.

« Era esto contrario á mis deberes consulares, así es que despedí al *achate*, encargándole lo expusiera al rey: viendo que no volvía me puse mi uniforme, y seguido de mis criados, fui hácia la colina real para pedir por mí mismo una audiencia.

« El *achate* me vió ir, y como, segun la etiqueta, me habia detenido á mitad de la cuesta con el sombrero debajo del brazo, me preguntó qué quería. Contesté que deseaba hablar á S. M.; enviáronme entonces tres europeos para preguntarme de qué quería hablar al rey. Contesté:

« — Deseo pedir permiso para trasladarme á Massaocea, que era mi puesto, y al mismo tiempo enviar por mí mismo á S. M. dos cajones llenos de regalos que le envía mi soberano, y que debian haber llegado ya.»

Parecia que este último motivo debia ejercer cierta seducción en Teodoro; sin embargo, no le hizo efecto, á juzgar por la siguiente relación de M. Lejean.

« Para comprender la increíble escena que siguió á mi petición, se necesita tener presentes tres cosas: Teodoro, humillado por un súbdito rebelde, acababa de saber que los egipcios habian ocupado su provincia de Gallabat: á esta sobreexcitación, se añadia otra mas física. Los abisinios tienen mal vino, ó mejor dicho, mal coñac, y no es hábil tratar con ellos negocios cuando no hace mas que dos horas que han comido. Segun me dijeron, el rey estaba aquel dia borracho.»

« Por último, en 1855, habia confiado á un viajero ruso una carta para su hermano de Rusia, donde le proponia una cooperación militar, que los permitiera dividirse el Oriente. El czar no habia contestado á aquella carta extravagante, y temiendo Teodoro algo parecido de Napoleón III, queria quedarse con rehenes para lo que pudiera suceder.

« El hecho es que apenas fueron los tres intérpretes á trasmitir mi contestación á Teodoro, cuando exclamó furioso;

« — ¡Que le prendan! ¡que le encadenen!...

« El *Ras* (coronel) al cual dió la órden, se dirigió detrás de la cortina, en busca de medio batallón que habia allí estacionado.

« — ¡Qué significa eso? preguntó al verle Teodoro, ¡quinientos hombres para prender á uno!

« — Note V. M., dijo el *Ras*, que tiene debajo del brazo una cosa muy brillante (era mi sombrero, cuyo galon de oro brillaba á los rayos del sol poniente), y que acaso es una máquina formidable, capaz de matarnos á todos.

« — *Donkoco* (idiota) ¿por qué no dices que puede mataros con las pestañas? diez hombres y que le prendan.

« Los hombres designados, acompañados de tres europeos, vinieron hácia mí que estaba bien lejos de sospechar lo que pasaba.

« Mientras los intérpretes me balbuceaban algunas palabras ininteligibles, los otros hombres pasaron disimuladamente detrás de mí, y cogiéndome uno de ellos por el pecho, me estrechó tan violentamente que apenas podia respirar: uno se apoderó de mi sombrero otro de mi espada, y dos me cogieron por las muñecas.

« Mas irritado que alarmado, pregunté vivamente al europeo Kienzlen:

« — ¿Qué significa esto?

« El hombre, temblando como la hoja en el árbol, me respondió en inglés:

« — ¡Oh! never mind, M. cónsul (no hagais caso, señor cónsul.) Acto continuo me llevaron violentamente detrás de la colina, me pusieron á treinta pasos de la tienda real y me hicieron sentar sobre una gran piedra.

« No habia comprendido nada de aquellas brutalidades, cuando al ver que traian una cadena terminada por dos grandes esposas, empecé á ver claro. Un oficial me hizo pasar una de ellas á una muñeca, y armado de una gran piedra, emprendió la tarea de remachar la esposa. No sé si alguno de mis lectores conoce la sensación mas moral que física, que producen aquellos golpes secos y metálicos, retiñendo en el cuerpo: no hay nada mas irritante ni mas doloroso. Mi sobreexcitación, violenta al principio, fué reemplazada por una calma singular... Asistia con sangre fria y con cierta extraña curiosidad á los detalles de aquella operación.

« Cuando estuvo concluida, ataron al otro extremo de la cadena á un pobre diablo encargado de responder con su cabeza de que yo no me escaparía; y fui conducido, siempre en gran uniforme, á mi tienda, armada á quince pasos de distancia y rodeada de guardianes armados.»

Vivir con un compañero de cadena es soberanamente incómodo hasta para el diplomático mas filósofo. Al cabo de veinte y cinco eternas horas, duante las cuales M. Lejean satisfizo, bien ó mal, todas las funciones ordinarias de la vida, tuvo la satisfacción de que concedieran á su guardian dos horas de libertad y se aprovechó de ellas para escribir al rey pidiéndole una explicación.

El mismo dia, á cosa de las cinco de la tarde, vino un batallón, organizado á la europea, á colocarse gravemente ante la tienda del prisionero; estaba encargado de escoltar la respuesta imperial. Teodoro consentia en la libertad de Lejean, si este le hacia promesa, primero, su amistad; segundo, aplazar su viaje para una época ulterior.

No habia mas remedio que aceptar, y así lo hizo el cónsul francés, que salió sano y salvo de aquella aventura.

No tuvo igual fortuna el cónsul inglés.

Sabida es la historia de lo que ocurrió.

Teodoro tuvo un capricho singular; se le metió en la cabeza casarse con la reina Victoria, y encargó á su representante que se convirtiera en intérprete de semejante desatino.

El cónsul se ocupaba mientras tanto de estudios forestales y agrícolas en aquel singular pais, y como á propósito de ellos le dirigiera una comunicación su gobierno, Teodoro se empeñó en que aquella comunicación debia contener la aceptación de su mano para la reina de Inglaterra. Las consecuencias son conocidas: la nación británica no fué mas respetada que la francesa en la persona de su representante, solo que Cameron, menos afortunado que Lejean, ha muerto cautivo.

De ahí la emoción de los ingleses, bien legítima por cierto; de ahí una expedición cuyo buen éxito deseamos en interés de la humanidad.

¡Quiera Dios, sin embargo, que no perezcan muchos hombres en esa tentativa para vengar la muerte de uno solo!

La casa de locos

LLAMADA ASILO SANTA ANA EN PARIS.

(Conclusion. — Véase el N.º 790.)

El tratamiento de la locura participa de la naturaleza misma de esta enfermedad que afecta á un tiempo al físico y al moral del hombre. La terapéutica no tiene armas, digámoslo así, contra los accidentes puramente intelectuales. ¿Qué hacer contra una enfermedad que no justifica por ninguna lesión material apreciable los espantosos desórdenes que trae consigo? Preciso es limitarse á oponerle medios morales. Así es que un demente atormentado por visiones quiméricas se encon-

trará bien, generalmente hablando, en el aislamiento; separado de los lugares y personas que acostumbraba á ver, no tiene ya ante la vista la causa material y palpable que sirvió de punto de partida á sus ilusiones. Lejos de aquel enemigo ficticio ó real, su razón puede restablecerse y demostrarle lo absurdo de sus temores: el edificio de sus sueños se hundirá el dia en que la base falte.

Hasta el espectáculo que ofrecen ciertos dementes puede obrar una reacción favorable en el espíritu de los visionarios y de los hipocondriacos. Avergonzándose de que les pongan al nivel de individuos cuya locura pueden apreciar lo mismo que los que disfrutan de su cabal razón, se preguntan con extrañeza qué causa ha podido reunirlos con seres tan degradados. Que al socorro de su espíritu vacilante anda entonces el concurso benévolo é ilustrado de los facultativos y de los empleados de la casa, y el despertar de la razón se completará y las quimeras se desvanecerán prontamente. Pero por desgracia no suceden así las cosas, por punto general; la inteligencia ha sufrido un ataque muy fuerte, no la es posible recobrar el imperio, y el loco recibe con sonrisa desdeñosa todos los consejos y considera á los consejeros como otros tantos insensatos ó malvados asalariados por sus perseguidores.

Cuando la locura ó algunos síntomas se manifiestan en los locos pueden atribuirse á lesiones materiales del cerebro, el filósofo cede el puesto al facultativo, pues ya no se trata de hablar sino de obrar, y entonces interviene la hidroterapia. Los baños y los chorros son poderosos auxiliares en el tratamiento de la locura, pues producen el efecto de calmar al enfermo; de evitar ó de combatir, la subida de la sangre á la cabeza. No se conoce medio mas activo para volver á un estado normal y pacífico al demente entregado á todas las violencias del delirio. El hombre mas colérico y terrible, se convierte momentáneamente en el mas inofensivo y suave, bajo el influjo combinado del baño caliente y de un chorro frio proyectado sobre la cabeza. El chorro es á la vez un medio curativo y represivo; esta última palabra exige algunas explicaciones. En una época aun poco remota imponian á los dementes el tratamiento mas bárbaro, pues los consideraban como malhechores; pero en el dia no es lo mismo: el hombre que no tiene conciencia de sus actos carece de toda responsabilidad, y así es que la sociedad se limita á tomar precauciones para evitar la repetición de esos mismos actos. No se castiga á los locos, sino que se procura sanarlos. Jamás un médico ordenaria el chorro de agua si no estuviese convencido de su eficacia curativa: trata de combatir el delirio del enfermo, no á la persona. Cuando hay lucha en un establecimiento de locos, lo que sucede con frecuencia, el papel del médico y de los empleados es de estar á la defensiva respecto de sí y de los demás locos; pero nunca toman la ofensiva.

Sin embargo, el demente conserva bastante bien el recuerdo del efecto sumamente penoso y desagradable que le produce el chorro de agua, para que la palabra sola le calme muchas veces. Algunos enfermos de malas inclinaciones naturales se excitan á sí mismos para hacer el mal, es necesario reprimirlos y en este caso la amenaza del chorro, es eficazísima. Así entienden la represión en esta clase de establecimientos.

El de Santa Ana contiene salas de hidroterapia admirablemente organizadas, en las que se encuentran aparatos que permiten administrar el agua bajo todas las formas, baños ordinarios, fumigaciones, baños de vapor y chorros que se dirigen en todos sentidos, en gruesos caños, ó en regadera ó lluvia.

Las pilas de los baños tienen argollas de madera que sujetan la cabeza del enfermo y le impiden que se libre de los chorros descendentes ó que trate de ahogarse. Además se les vigila cuidadosamente. Los locos pacíficos toman sus baños como todo el mundo.

En este número reproducimos varios tipos de locos. Esto no quiere decir que la locura estampe siempre su sello en la fisonomía; el médico mas experimentado apenas puede reconocer algunas afecciones con solo el exámen del semblante, y para eso las tales afecciones son por lo comun de nacimiento. Lo que á primera vista se puede diagnosticar es el debilitamiento ó la abolición de las facultades intelectuales, se puede decir si el enfermo es idiota, imbecil ó demente; pero la enajenación mental propiamente dicha, no se revela con tanta facilidad. Muy á menudo tiene que recurrir el médico á todas las luces de su saber y experiencia para que el enfermo descubra por sí mismo en dónde reside el mal. Por una especie de desconfianza instintiva hay muchos dementes que son poco comunicativos, y es menester dar muchas vueltas para encontrar el flaco de su manía. Ahora bien, como hay casos en que este flaco es una sentencia de muerte pronunciada por el loco contra sí mismo ó contra otros, la investigación del facultativo no carece ciertamente de importancia.

A. DE L.

Debe y haber.

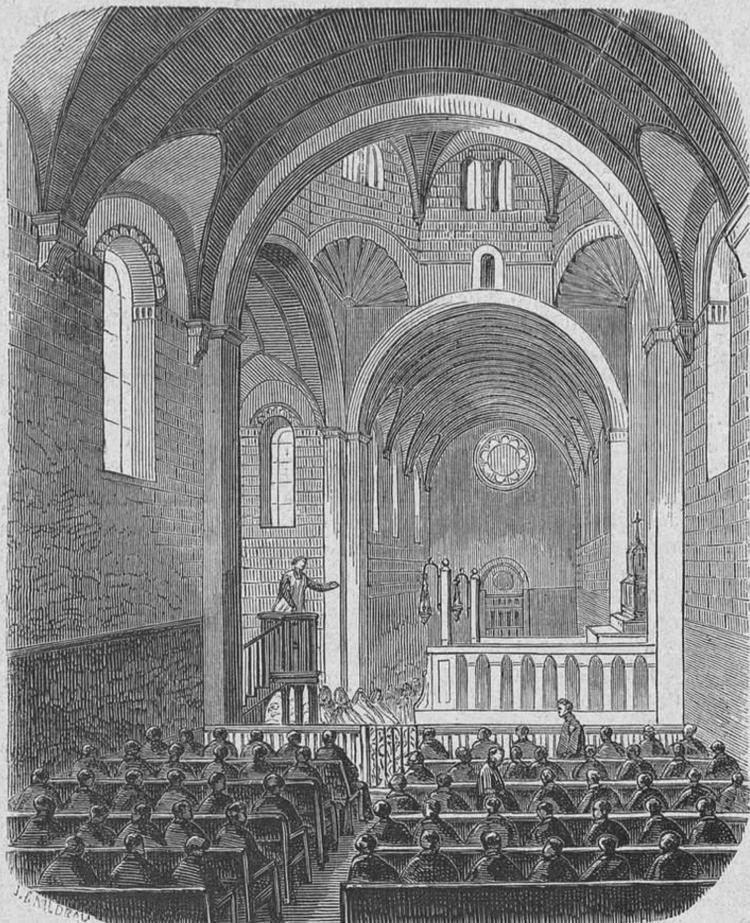
NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

Al rededor de nuestra sociedad correteaba, se apiñaba y murmuraba en masa compacta, aquello era un sa-



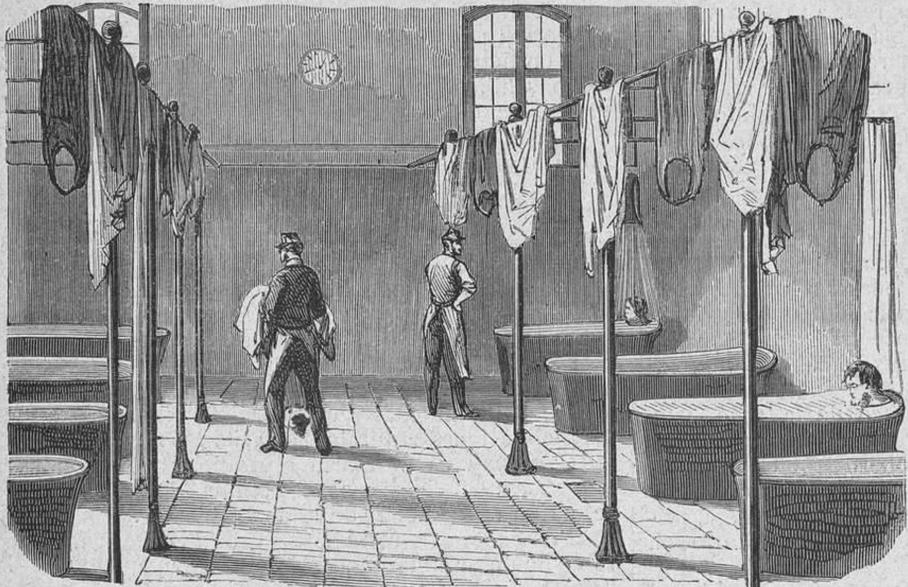
Tipo de loco.—Furioso con la camisola de fuerza.



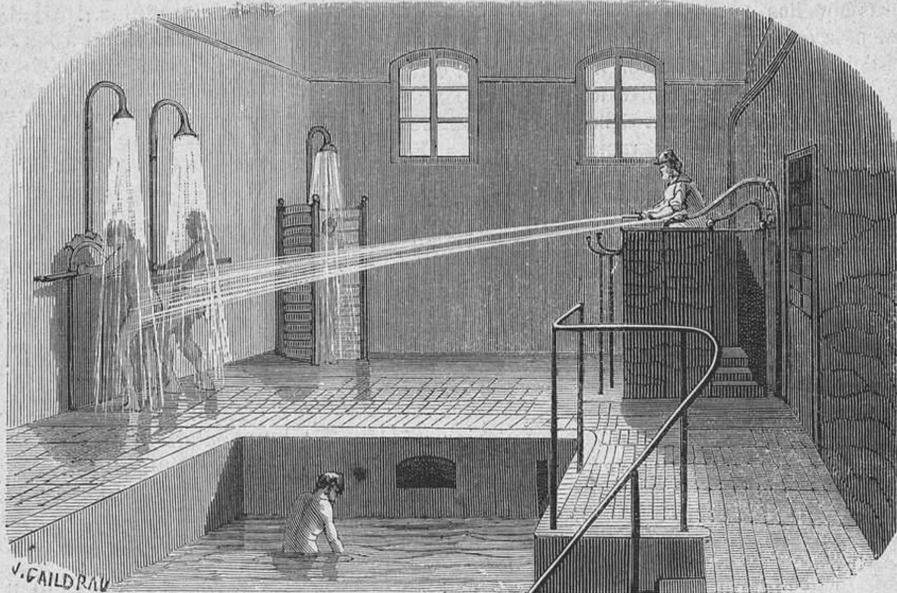
El Asilo Santa Ana. — La capilla.



Tipo de loco. — Monómano.



La sala de baños.



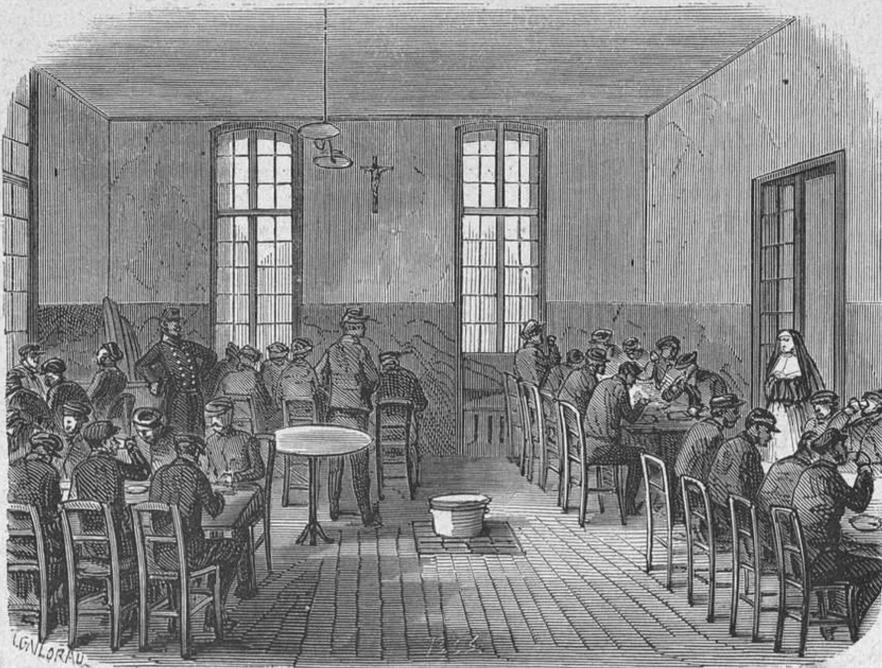
La hidroterapia.

ludo continuo. A pesar de que M. Schrøeter procuraba evitar el encuentro de sus conocidos, se veía obligado á estar siempre con el sombrero en la mano, y tantas cuantas veces saludaba, los catorce sombreros de sus dependientes se agitaban formando un torbellino en el aire. Todo esto producía un efecto imponente.

Después de haberse paseado algun tiempo, arrastrados por las oleadas de la concurrencia siempre creciente, Sabina manifestó su deseo de descansar.



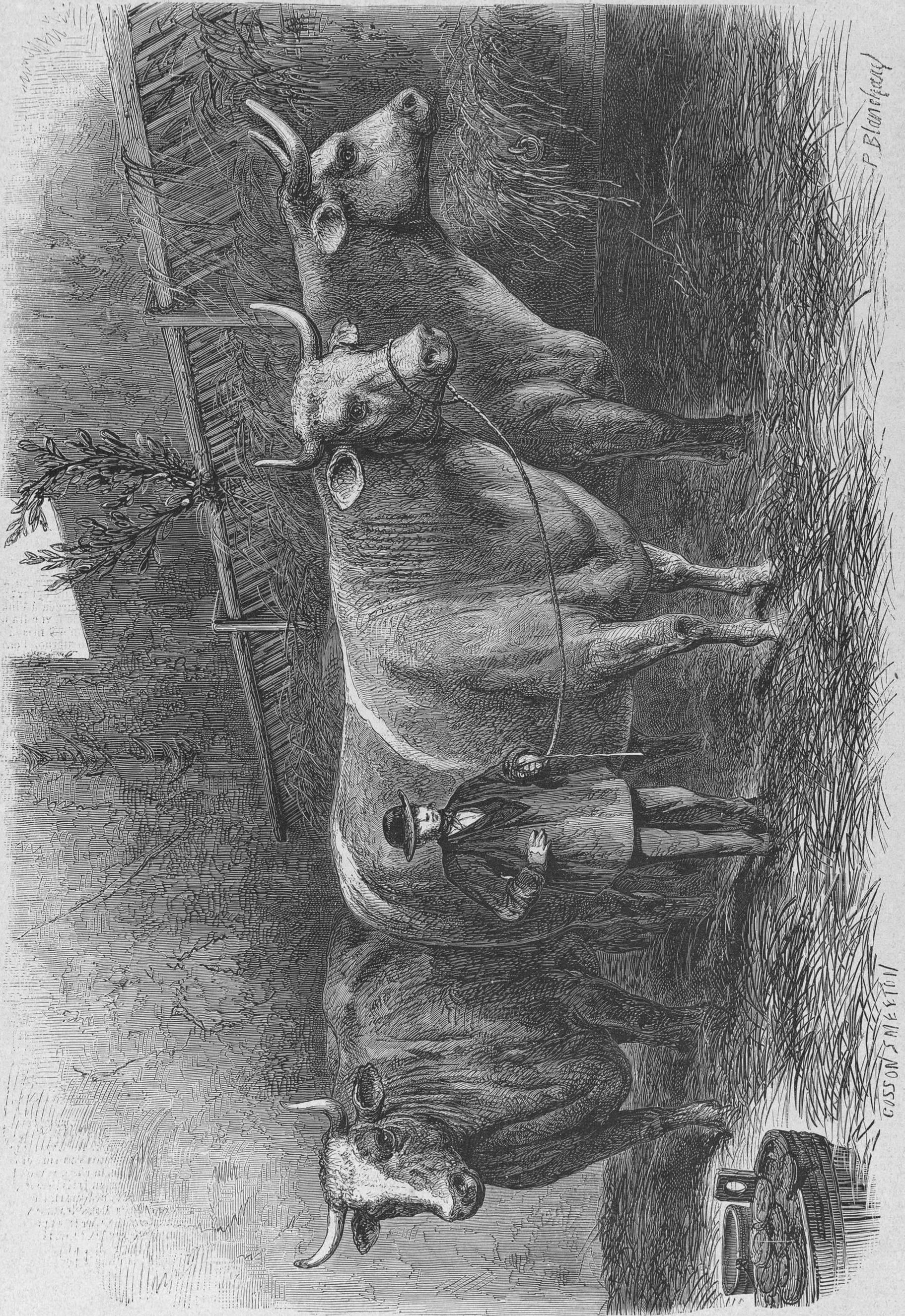
Tipo de loca. — Agitada.



El refectorio.



Tipo de loca. — Idiota.



PARIS. — Los bueyes gordos del carnaval de 1868. — (Véase la Revista de Paris.)

Forestier.

Nieyre.

El luchador enmascarado.

En seguida varios dependientes partieron como relámpagos para apoderarse de una mesa y reservar algunas sillas. Se sentaron, y los mozos se presentaron con una enorme cafetera y una bandeja con el número de tazas necesarias.

Causaba placer entonces ver á todos aquellos galantes dependientes apresurarse para evitar á Sabina el trabajo de echar el café, pretextando que la cafetera era demasiado pesada. También Sabina eligió á Antonio para que la sirviera, porque este era, según ella, el escanciador en el salón de M. Jordan.

Los dependientes se regocijaron al saber que Sabina estaba enterada de los detalles de su vida íntima. Sabina supo luego presentar una torta á cada convidado de la manera mas obsequiosa, y tuvo gran cuidado de que el azucarero y el jarro de la leche pasaran de mano en mano dando vuelta á la mesa.

En fin, todos se deleitaron tomando el negro brebaje, probándole antes con aire de inteligentes. No tuvieron un momento de reposo; Sabina no cesaba de saludar á los conocidos que pasaban contestando á los amigos de su hermano que se detenían delante de la mesa, y estaba encantadora en medio de aquel perpétuo vaiven. Con la calma de una madre de familia conversaba con todos los dependientes del escritorio, y se levantaba con graciosa cordialidad para agasajar á los amigos que se agrupaban en torno suyo.

Saludaba, se chanceaba, y sin perder de vista el servicio de sus comensales, miraba á los paseantes y examinaba como diestra ama de gobierno las tazas que pasaba á su ayudante de campo para que volviera á llenarlas. Antonio y Fink admiraban el despejo con que atendía á todos aquellos detalles. Fink no pudo menos de decirle:

— Señorita, si este es para vos un día de solaz, no os envidio los días de trabajo. No hay princesa en medio de su salón de recibo, que tenga como vos, que atender á tantas cosas, que hacer tantos movimientos de cabeza para contestar á los saludos, que prodigar tantas sonrisas y que se exprese con tanta gracia. Desempeñais vuestro papel perfectamente y es menester que hayais hecho para ello un estudio particular. Hé ahí al burgomaestre que viene á saludaros. Ahora me causais lástima; os veis precisada á atender á lo que yo os digo, tenéis en la mano la taza de M. Liebold, y además estais obligada á acoger respetuosamente con la vista á ese alto funcionario. Mi curiosidad se halla excitada por saber si oís lo que os digo.

— Contentaos con quitar una mosca que ha caído en vuestra taza y os echaré café al momento, dijo Sabina riendo y levantándose para saludar al burgomaestre que era un antiguo amigo de la casa.

Durante este tiempo, Antonio se divertía en coger al vuelo las opiniones que exponían los paseantes respecto á aquella reunión.

— Mira, ahí está M. Fink, murmuró una joven al oído de su compañera.

— Linda cara, gracioso talle, decía un teniente.

— ¿Qué es un pescado para tantos hambrientos? dijo entre dientes un libertino.

— ¡Cállate! son los Schröeter, dijo un dependiente de comercio á otro dándole con el codo.

Al levantar los ojos, vió que se acercaban lentamente dos señoras altas y hermosas. Eran madama Ehrenthal y su hija Rosalía que se adelantaban hácia el lado de la mesa. Su rostro se cubrió insensiblemente de un vivo carmin cuando ellas pasaron entre la turba muy cerca de su asiento y del de Fink.

Lleno de inquietud, miró á su amigo que conversaba vivamente con Sabina, sin que esto le impidiera percibirse de Rosalía y de su madre. Antonio se levantó para saludar; Fink, sin pestañear, llevó negligentemente la mano al sombrero, y contempló desde su asiento á las dos señoras con tanta frialdad como si nunca hubiera admirado de cerca aquellos mismos brazaletes sobre el blanco cutis de la hermosa judía.

El saludo de Antonio, la notable belleza de Rosalía, y tal vez alguna afectación en su tocado, llamaron la atención de Sabina hácia aquellas dos señoras.

La hija de Ehrenthal no hizo caso del saludo de Antonio; sus negros ojos se fijaron en Sabina. Con una encendida mirada en que se expresaba el odio y el despecho devoró á la joven que creía su rival preferida. Sabina asustada se inclinó hácia atrás como para escapar á las asechanzas de un ave de rapiña.

Rosalía pasó con los labios contraídos demostrando una indecible animosidad. A Fink se le crisparon los labios y se encogió de hombros. Cuando las dos damas se alejaron, Sabina miró sorprendida á Antonio y Fink y preguntó:

— ¿Quién son esas señoras?

— Son unas conocidas de Antonio, dijo Fink en tono burlon.

— Madama Ehrenthal y su hija, contestó Antonio con embarazo. La mas joven es la hermana del erudito de quien os hablé últimamente.

Habiendo dirigido involuntariamente la vista á Fink; cambiaron entre los dos una sombría mirada.

Sabina calló, reclinándose al mismo tiempo en el respaldo de su silla. Su buen humor había desaparecido. La conversacion se reanimó, y cuando M. Schröeter volvió de una visita que había hecho á los que ocupaban una mesa inmediata, su hermana se levantó invitando á los dependientes á acompañarla á su jardín. Se trasladó á él seguida de su cortejo, pero Fink no iba á su lado. La significativa mirada de Rosalía acababa de destruir los tiernos sentimientos que la unían á él. Ella se volvió hácia el lado donde él estaba, le habló, se es-

forzó por aparecer alegre, pero se veía muy bien que todo aquello no era espontáneo.

El grandioso jardín de M. Schröeter, en el que había invernáculos y un lindo pabellon, era la estancia favorita de Sabina. En el verano, y siempre que el tiempo lo permitía en invierno, iba allá y trataba con el jardinero del cultivo de las flores y de la adopción de algunas disposiciones.

Mientras M. Schröeter visitaba con Fink unas tierras inmediatas que querían venderle, Sabina enseñaba á los demás convidados sus últimas plantaciones de flores. Los condujo á los invernáculos á través de los parterres de flores y de las praderas. Su hermano le había regalado una magnífica palmera; este árbol, las grandes hojas del *paísang*, los helechos de las regiones tropicales, y los cactus en flor, formaban una especie de emparrado enfrente del cual habían colocado un banco y una mesa rústica. Verdaderamente era un encantador jardín de invierno.

Mientras contaba que iba allí á tomar el café en los hermosos días de invierno y el placer que experimentaba al sentarse bajo aquellas grandes y anchas hojas listadas, el jardinero le presentó en un platito, migas de torta y grano para los pájaros.

— Y aun cuando no tenga tantos acompañantes como hoy, no por eso estoy sola, dijo sonriendo.

— ¿Queréis, si os place, enseñarnos vuestros pajarillos? dijo Antonio.

— Para eso es menester que entreis en el pabellon, y que os esteis muy quietos, dijo Sabina. Las avecillas me conocen, pero podrían asustarse al ver tanta gente reunida.

Todos los convidados entraron en el pabellon. Pix cogió á Specht, que estaba un poco alegre, por un botón la levita y cerró la puerta vidriera. Sabina arrojó á algunos pasos de distancia el grano sobre la arena y empezó á dar palmadas.

A este llamamiento contestaron varias voces que salían de los árboles mas cercanos y del tejado de la casa. Una multitud de pajarillos acudieron y saltaron gorgoteando al rededor de las migas de torta. Estaban de tal manera domesticados, que llegaron hasta los pies de Sabina.

La sociedad no era muy distinguida, pues se componía de pinzones, pardillos y un verdadero enjambre de gorriones. Sabina se aproximó cuidadosamente á la puerta, y preguntó á través de una rendija:

— ¿Podeis distinguir bien las diversas especies de que se compone mi sociedad? Estos personajes, aunque todos se parecen, sin embargo difieren mucho en sus vestidos y en sus maneras. Conozco á varios de ellos personalmente.

Señaló un gorrion macho muy gordo con la cabeza negra y manchas de un amarillo claro encima de las alas.

— ¿Veis allá abajo aquel gorrion gordo?

— Es el mas gordo de todos, dijo alegremente Antonio.

— Pues ese es uno de mis antiguos conocidos. Es el primero que se acostumbró á mi vista, las migas de torta le han puesto tan gordito y bien mantenido. Mirad cómo salta por todas partes sin asustarse, y cómo ha picoteado atrevidamente esas migajillas. Se pavonea como un rico banquero. ¿Le oís? su voz tiene algo de depreciativo y aristocrático. Mira esta distribucion de miguitas como una obligacion que la sociedad ha contraído con ellos. ¿Le oís gritar de nuevo? ¿entendeis lo que dice?

— Hija mia, la torta está ahí, lo que yo no puedo comer, lo dejaré para los demás.

Se diría que lleva algun dígito á lo largo del vientrecillo.

— Es una pluma, murmuró por lo bajo M. Specht.

— Sí, continuó Sabina; temo que sea su compañera quien le haya arrancado esa pluma, porque á pesar de que parece tan arrogante, se halla bajo la tutela de su mujer, que está allí de mal talante, allá abajo, aquella de color claro. Mirad cómo le rechaza.

Se trabó un violento combate entre los gorriones. El gordo banquero, que pisoteaba precisamente una gran miga, recibió de la hembra algunos buenos picotazos. El se puso á perorar; los vecinos acudieron, resonaron espantosos gritos y estalló la indignacion contra el banquero. La banda le rechazó y él salió cogiendo algunas migas al paso, mientras su hembra se regalaba con el pedazo conquistado por su pico.

Todos los jóvenes se echaron á reír.

— ¡Hé aquí ahora á mi pajarillo favorito! exclamó Sabina alegremente.

Con aire torpe y las alas tendidas llegó un gorrioncillo, absolutamente como un niño á quien le cuesta guardar el equilibrio cuando anda.

Llegó revoloteando al lado de su madre y abrió desmesuradamente el pico, gritando y agitando las alas. La madre partió el pedazo de torta y cogió las migas para colocarlas en el pico abierto de su hijuelo. Continuó dándole de comer en medio de aquella multitud que gorgoteaba, saltaba y picoteaba. La hembra le introducía en la garganta todas las migas del pedazo conquistado, mientras que á algunos pasos de ella, el padre, satisfecho de sí mismo, iba y venía saltando, y dirigía de cuando en cuando una mirada de desconfianza á su implacable ama de gobierno.

— ¡Esto es encantador! dijo Antonio.

— ¿No es verdad que sí? repuso Sabina. También hay aquí en esta pequeña sociedad caracteres y vida de familia.

Pero esta escena terminó de una manera violenta, se

dejó oír un ligero paso al rededor de la casa; los pájaros, asustados, huyeron; la madre, enteramente ocupada del cuidado de su hijuelo, se retrasó un poco, finalmente fué á colocarse en un árbol vecino llamándole con ansiedad. Pero el gorrioncillo, pesado y aturdido por la corrida que le había dado su madre, no pudo emprender su vuelo con bastante presteza. Un latigazo de Fink alcanzó al desgraciado, que cayó muerto en medio de las flores.

De pronto todos los dependientes lanzaron á la vez un grito de indignacion, y dirigieron una sombría mirada al matador. Fink, que no había fijado su atención en el grupo formado cerca de la puerta del pabellon, veía impasible y admirado acercarse la tempestad que iba á descargar sobre él. Sabina pasó por el lado de Fink, corrió al parterre donde estaba el pájaro tendido y sin vida, le cogió, le besó en la cabeza, y con tono lastimero y apenas articulado, dijo:

— ¡Está muerto!

Se sentó en el banco delante de la puerta, y cubrió al pajarillo inanimado con su pañuelo.

A esta escena siguió un triste silencio.

— El pajarito que acabais de matar era el predilecto de la señorita Sabina, dijo al fin M. Jordan en tono de reprobacion.

— Lo siento mucho, contestó Fink acercando una silla á la mesa. Yo no sabía que vuestros tiernos cuidados se extendieran también á esos bribonzuelos. He obrado con la mejor fe del mundo, y creía merecer mas bien el agradecimiento por librar á la casa de ese ladrón.

— ¡Pobre pajarillo! dijo tristemente Sabina. ¿No oís á la madre cómo gime en aquel árbol?

— Ya se consolará, contestó Fink. Me parece bastante singular atribuir á un gorrion mas sensibilidad que á nuestros semejantes. Pero yo sé que os agrada rodear de cuidados y de afeccion todo cuanto está á vuestro alrededor.

— Si no teneis esa cualidad, ¿por qué la vituperais en los demás? preguntó Sabina con los labios contraídos.

— ¿Por qué? repuso Fink. Porque esa sensibilidad, que me persigue por todas partes, me ofende. Ese sentimiento llevado á la exageracion por cosas que no lo merecen, acaba por quitarle toda su fuerza y todo su valor. El que interesa su corazón en fruslerías y futilidades, no lo tiene cuando se trata de una gran pasión.

— Y el que se acostumbra á tratar á todo lo que le rodea con dura frialdad, ¿no tendrá el corazón seco cuando una gran pasión se convierta en un deber? preguntó Sabina dirigiendo una dolorosa mirada á Fink.

— Seria una falta en mí no adherirme á vuestra opinion. De todos modos convendrá siempre mas á un hombre ser algo duro que demasiado tierno. Pero os ruego, dijo despues de una pausa desagradable, que mireis un poco el mundo lo mas cerca posible. Uno está encariñado con sus calcetas, el otro con el caldero en que su madre cocia las morcillas. Uno tiene cariño á una pipa rota, y otro á una levita vieja que no tiene pelo de tonta. Eso es bueno para el que se erija en defensor de mil costumbres rancias y de abusos abominables. Cada loco con su tema. ¡Uno arrastra tras de sí una bala, un plomo que se adhiere á él, que le impide andar, adelantar y ser hombre! Fijad la atencion en esos desgraciados que van á América á hacer fortuna. ¡Qué inmensidad de objetos inútiles llevan consigo! jaulas viejas, sillas medio rotas, armas apollilladas, guñapos y ropa vieja. Yo mismo he conocido á un hombre que soportando un calor sofocante tuvo el valor de andar ocho dias para ir á comer berza á casa de un amigo suyo. Supongamos que un pobre diablo se establece en un sitio mal sano, y se percibe al cabo de un año que reinan en él las calenturas; y bien ¿qué hace? encierra todo lo que le rodea en una red sentimental de hábitos y costumbres, de los que no sabe desprenderse, y con frecuencia no se atreve á salir del pantano aun cuando su mujer y sus hijos vean amenazada su existencia. Habladme del americano, de su carácter que calificais de insensible; comparativamente con el alemán trabaja por dos, pero jamás le vereis tomar cariño á su choza, á sus campos ni á sus bestias. Lo que posee no tiene para él mas que el valor material de los dollars que todas aquellas cosas representan. Eso es muy comun, me direis. Pues bien, prefiero ese sentido comun que piensa siempre en el valor de una cosa al que no lo tiene. De ese modo los americanos han creado un Estado grande é independiente. Si la América no hubiese estado habitada mas que por alemanes, se beberia todavia allí achicoria en lugar de café, sufriendo las cargas impuestas por la Europa á un gobierno paternal.

— ¿Y vos quisiérais en la mujer el mismo carácter materialista? preguntó Sabina.

— En el fondo, sí, respondió Fink. No hay ninguna ama de casa alemana que no esté loca con sus servilletas. Cuantos mas pingos tiene de esta clase, mas dichosa se siente. A fe mia, creo que en su jurisdiccion interior, se tasan entre sí quinientas, ochocientas servilletas, como nosotros notamos en la Bolsa los hombres y los valores. La americana no tiene peor corazón que una alemana, pero semejante manía le causaría risa. Respecto á servilletas tiene las que necesita para el servicio diario y cuando no pueden servir por viejas compra otras. ¿A qué conduce interesar su corazón en esas fruslerías que se pueden comprar en cualquier calle á cuatro ó seis escudos la docena?

(Se continuará.)



PERIODICO DE LAS NOVEDADES ELEGANTES, DESTINADO A LAS SEÑORAS Y SEÑORITAS

FIGURINES DE MODAS ILUMINADOS. — PATRONES. — CRONICAS DE LA MODA. — MODELOS DE TRAJES. — LABORES A LA AGUJA, TAPICERIAS, CROCHETS, BORDADOS, TOCADOS, ETC.

Crónica de la Moda.

SUMARIO. — Las modas de Paris fotografiadas en los grandes bailes. — El embellecimiento artificial del semblante. — El cabello postizo. — Diferencias del peinado entre las rubias y las morenas. — Supresion de los cuerpos en los vestidos. — Un traje de princesa. — La moda de las guirnaldas de rosas. — Prendidos de baile. — Trajes de visita. — El fular de la India. — Los sombreros á la órden del día. — El oro y el acero. — Novedades en las joyas. — Los cinturones. — La lencería. — Los abanicos de encaje.

Para formarse una justa idea de las modas actuales no hay mas que asistir á uno de los grandes bailes que se dan en Tullerías, en el Hotel de Villa ó en los ministerios. Las señoras elegantes llevan una prodigiosa cantidad de cabellos rizados esparcidos en cascadas sobre sus hombros y esmaltados de flores ó de pedrerías. Los ojos hábilmente sombreados con un lápiz azul tienen una expresion extraña que forzosamente cautiva la atencion; los labios teñidos con carmin, son mas encarnados que la cereza ó el coral; finalmente, el cutis, de una blancura nacarada, tiene una transparencia aérea que ejerce un hechizo irresistible. Así se arreglan las parisienses para ir á los grandes bailes, ó por lo menos ciertas parisienses que necesitan estos artificios de tocador, pues las hay, afortunadamente, que desdennan con mucha razon estas combinaciones maquiavélicas.

En lo que no hay excepciones es en el cabello postizo que ha venido á ser desde hace algun tiempo un complemento indispensable de los atavíos femeninos. Se comprende que hasta cierto punto se supla la avaricia de la naturaleza; pero de esto á la exageracion que nos invade cada dia hay todo un mundo. Si esto continúa volverán á ponerse de moda las famosas pelucas del tiempo de Luis XIV. Los rodetes demasiado voluminosos ofrecen el inconveniente de dar fuertes jaquecas; pero esto importa poco, lo esencial es la moda ante todas las cosas.

Naturalmente cada cual adopta el peinado que cuadra mejor con su fisonomía. Las rubias se ponen una inmensa cantidad de ricitos menudos, y las morenas una complicacion de trenzas, largos bucles, rulós, cocas, etc., que constituyen verdaderamente una intrincada peluca. Pero á todo esto, las señoras de buen gusto llevan tocados sencillos y distinguidos, y estos son los que recomendamos siempre á nuestras amables lectoras.

Los cuerpos de los vestidos de baile puede decirse que no existen; baste con que se adivinen, pero en cambio las faldas tienen una anchura y sobre todo una cola que compensan superabundantemente la tela que se ahorra con la supresion de los cuerpos,

Entre los trajes que mas han brillado en el último gran baile dado en Tullerías, citaremos el de una jóven y hermosa princesa. Componíase de una primera falda de raso blanco velada con otra falda abullonada toda ella.



Nº 1. Traje de calle.

Entre los bullones habia rulós de raso blanco. En el bajo volante María Antonieta de tul, guarnecido con rulós de raso. De trecho en trecho sobre este volante habia grupos de rosas.

Sobre esta falda túnica de tul liso recogida por un lado en un largo lazo que pasa por un anillo de rosas y se cierra con un broche de diamantes.

El cuerpo era de una composicion preciosa. Al lado izquierdo estaba guarnecido con un tirante formado por una draperia de tul ilusion que remataba por detrás y por delante con una alta blonda.

Al lado derecho tirante de raso blanco, en siete pliegues, con remate de la misma blonda.

Sobre el tirante de tul ramo de rosas. Mangas Diana muy cortas, compuestas de una simple draperia de raso.

Collar de capullos de rosa cerrado por detrás con una ancha placa de brillantes.

Pendientes compuestos de una rosita con una gota de rocío formada por un brillante.

Todo el vestido estaba polvoreado con chispas de brillantes.

En el cabello, en las rosas y en el tul habia un brillo de un maravilloso efecto.

Este traje daba á la persona que le llevaba un aspecto poético que hizo sensacion en los salones de Tullerías.

Por lo demás este adorno de las guirnaldas de rosas para los trajes de baile es siempre bellissimo. Sobre todo en los de tul están perfectamente, pues forman contornos graciosos principalmente por detrás, para sostener las grandes ondas de tul que se acumulan.

Otros vestidos de baile reclaman nuestra atencion por su originalidad y su gracia.

El primero es de tul punzó y está adornado con volantes menudos puestos sobre una primera falda y un delantal de encaje sobre el delantero en una segunda falda; este delantal está sostenido por lazos Pompadour fijados por medio de guirnaldas de florecillas punzó que se deslizan por detrás entre las grandes ondas que forma el tul. El cuerpo está guarnecido de encaje y adornado con una berta María Antonieta que se cruza sobre el pecho y se anuda por detrás.

Otro traje de baile es de crespón blanco con falda abullonada adornada de guirnaldas de capullos de rosa y de follaje de helecho en los bullones que se continúan á guisa de ribete todo á lo largo de la falda. El cuerpo es por el mismo estilo. Este vestido de crespón blanco produce un lindísimo efecto sobre un viso de poul de seda blanco.

Para concluir esta seccion de los prendidos de baile, hé aquí un vestido maravillosamente compuesto y de una originalidad suma. Es blanco de *faille*. En el bajo lleva un gran volante de tul adornado con tres sesgos de raso blanco y trencilla de oro; encima un segundo volante de encaje, coronado con dos sesgos iguales y recogido á cada lado con un racimo de uvas de oro y de hojas de terciopelo negro; sobre el delantero de la falda, dibujan un delantal tres sesgos parecidos á los de la falda. El alto de la falda está cubierto con racimos de uvas de oro y hojas de terciopelo negro. Un volante de

encaje, prendido como una faldeta de cuerpo termina el talle. El cuerpo muy bajo, está guarnecido de sesgos colocados á lo largo. Ramilletes en los hombros. Cinturon largo de raso blanco, con pequeños volantes de encaje y trencilla de oro.

Hablemos ahora de los trajes de visita.

El adorno de estos trajes es tanto mas accidentado cuanto se compone de detalles relativamente mas sencillos, como sesgos, anillos de tela formando cadeneta, pasamanería muy ligera, bandas de plumas, etc.

Hay vestidos de sarga de seda que se adornan con alamares del mismo color puestos en toda la altura. Por detrás se anuda un ancho cinturon de raso.

Muchos vestidos de visita se hacen de raso color de hoja seca con guarnición de pluma sobre un delantero cerrado por el lado, y el mismo adorno aparece en el bajo del vestido.

Iguales trajes se hacen con rulós de terciopelo del mismo color colocados en seis hileras de arriba abajo; las mangas son estrechas y están adornadas del mismo modo.

Tambien para visita se suele llevar el vestido corto con los mismos ornatos.

Ya hemos dicho en nuestras revistas anteriores que el fular de la India es una tela muy á la moda, y hoy añadiremos que su uso se generaliza mas y mas de dia en dia. No puede darse en verdad una tela mas bonita para salir cuando hace buen tiempo. Es una tela sencilla y ligera, dura mas que el tafetan, cuesta mas barata y sus dibujos varían hasta lo infinito.

La primera casa que hay en Paris para esta especialidad de los vestidos de fular es la de la COMPAÑIA DE LAS INDIAS, calle de Grenelle Saint-Germain, número 42. No hay mas que escribir al director de este importante establecimiento y á vuelta de correo se recibe la colección de muestras

cada una con su precio, de modo que es muy fácil elegir y hacer el pedido que se remite inmediatamente. Advertiremos sin embargo, que importa mucho que se designe bien en francés la COMPAGNIE DES INDES, pues esta casa cuya reputación es europea no debe confundirse con ninguna de las casas competidoras que han podido establecerse á su sombra y que jamás rivalizarán con ella en cuanto á la hermosura y excelente calidad de las telas.

Próximamente designaremos aquí las principales novedades que ofrece este año esta casa á su elegante clientela.

Los sombreros conservan sus proporciones diminutas y su elegancia característica.

Los hay que se componen de una banda de tul abullonada puesta sobre un doble plegado de cinta de raso, uno blanco y otro color de rosa. Al lado va



Nº 2. Modelos de peinados.

prendido un ramillete de capullos de rosas á la extremidad de una franja de seda rosa. Grandes cintas de raso color de rosa con rayas menudas de terciopelo blanco.

Otro modelo se compone de un simple bandó de terciopelo azul, ribeteado con una trencilla punteada con perlititas de acero muy brillantes, y adornado con un velo español fijo al bandó. Siete rositas blancas y azules forman una diadema por delante. Las cintas son de terciopelo azul.

Otro sombrero de los mas elegantes es el que llaman duquesa, rodeado de una corona de blonda blanca puesta encima de una diadema de oro y de acero que cae formando arracadas; por detrás una barba de blonda prendida con un doble lazo de raso blanco, que termina con cintas de atar en las que se ve otro lazo de raso.

Tambien se hace este mismo sombrero de terciopelo

una diadema griega para el tocado. Y ya que estamos en el capítulo de las joyas de capricho, citaremos como últimas novedades el collar emperatriz, compuesto de cinco hilos de perlititas de bronce dorado; los pendientes formados de tres círculos de oro colgando uno de otro, y una peineta con florones de perlas doradas que completa el aderezo.

Tambien se hacen joyas etruscas de azabache tallado, montado en filigrana de oro. Los aderezos de esta clase son tan completos como los de oro y acero.

Finalmente, la joya mas en boga en la actualidad es la cadena Pompadour de oro de varios matices con incrustaciones de perlas finas, turquesas ó granates. La montura es hermosa, y tiene un carácter artístico que la realza.

No hay señora que no tenga pasión por las alhajas, que seguramente son el complemento de todo prendido

lujoso. Pero no es todo tener alhajas, sino que es menester que estén montadas artísticamente. Muchas señoras van cargadas de pedrerías, y sin embargo, no producen el efecto que debieran, porque el gusto de las monturas es deplorable.

La moda abraza tantos artículos, que debemos forzosamente reasumir las noticias que damos.

Por ejemplo, hay un adorno que ofrece una variedad infinita, el cinturon, del que nos limitaremos á señalar estos modelos:

Uno es el cinturon Imperial con eslabones de pequeñas abejas de plata, sosteniendo tres anchas abejas con alas de gasa plateada, puestas sobre lazos de raso verde.

Otro es el cinturon Metternich, de cinta de moaré verde, con trompa de caza y atributos de sport añadidos á los anillos que unen la cinta.

Otro es el cinturon Dora de Istria,



Nº 3. Modelos de sombreros.



Nº 4. Traje de baile.

de cinta de raso rubí, con trenzas de pasamanería mate, follaje de laurel y flor de laurel doble por broche. Otro, en fin, es el cinturón Perrette, con eslabones de oro y acero, que recoge las colas de los vestidos por detrás, del mismo modo que las aldeanas recogen sus faldas. En la lencería encontramos también muchas novedades. Para medio vestir, hay cuellos derechos con bordados y calados, y cuellos medio vueltos con plumetis y borde calado, todo ello de lienzo fino.

Para los vestidos elegantes, se hacen de batista con aplicación de punto de aguja, y acompañan á los cuellos preciosas corbatas de bordado y guipure sobre cinta de terciopelo negro ó de color.

La moda protege siempre los pañuelos de mano de batista, y apadrina también los mil caprichos de pañuelos de color; pero la verdadera elegante prefiere á todo esto el buen bordado y el buen encaje.

Los pañuelos mas lujosos llevan un borde de bordado mate, con calados y una guarnición de Valenciennes ó de Malinas.

Nada mas bello en verdad que el encaje, y si no véase el efecto que produce hasta en los abanicos que adornan de un modo extraordinario. Estos nuevos y magníficos abanicos están cubiertos de punto de Alençon ó de Inglaterra, y la montura es de nácar incrustada de oro, ó bien se pone encaje de Chantilly con montura de concha negra y cifra de brillantes. Nada mas bello.

Puesto que hemos hablado de los abanicos, concluiremos señalando la última moda de este año; son los abanicos de nácar de color adecuado al vestido, los que se hacen de los siguientes colores: rojo rubí, azul de China, verde Metternich, capuchina y amatista con montura de encaje y ramilletes de flores naturales sobre fondo de raso.

JULIA.

Descripción del figurín iluminado que acompaña á este número.

Primer traje. — Vestido blanco de muselina guarnecido con un gran volante abullonado por arriba; cuer-



Nº 5. Traje de baile.

po escotado con pequeña berta orlada de punto. Gran cinturón de tafetán color de rosa, adornado con una franja en el contorno y con puntas sesgadas. El cinturón se fija así como el gran lazo con un rastro de margaritas. Tocado de margaritas y guantes de cabritilla.

Segundo traje. — Falda de poult de seda verde esmeralda, de cola, cubierta con otra falda color de rosa té, de la misma tela. Esta falda queda abierta sobre el lado izquierdo, donde la sostienen unas anchas cintas fijas en botones. Los botones y las cintas son de pasamanería de oro. Cuerpo rosa té, como la falda; barritas en los hombros de pasamanería de oro; las mangas y el cinturón llevan adornos del mismo estilo.

Camisón blanco y guantes de cabritilla.

Trajes, tocados, labores y demás, cuyos dibujos se intercalan en el texto.

Nº 1. Traje de calle.

Hé aquí un traje tan sencillo como distinguido y que se lleva mucho actualmente. Primera falda de felpilla violeta. Vestido corto encima de raso negro, guarnecido con un sesgo de raso violeta. Cuello de raso negro con dos lazos en medio negro y violeta mezclados; sesgos de raso violeta. Sombrero de terciopelo negro con rulos de raso violeta; perlas de azabache sobre el pelo. Botitas de cabritilla con altos tacones y guantes negros bordados de seda violeta.

Nº 2. Modelos de peinados.

El primer peinado se compone de bandós levantados por delante y ondulados por mechadas. Tirabuzón, llamado *arrepentimiento*, por



Nº 6. Traje de calle y de visita.

un lado. Rodete formado por tres cocas; á la de delante acompaña una diadema de follaje de plata.

El delantero del segundo peinado se compone de dos pequeños bandós cuyos lados se presentan á raíces derechas. El rodete consta de una coca redonda de cuyo centro se escapan una porción de rizos. El adorno consiste en un grupo de rosas sobre las cuales revolotean libélulas de brillantes.

El tercer peinado es de bandós levantados, salientes y ondulados. Cordon de tisú de oro con cintas y estrellas. La parte de detrás se compone de largas mechadas onduladas por arriba y rizadas por abajo.

Acompaña á estos modelos de peinados y tocados una corona de no me olvides que caen sobre la frente en lugar del rizado.

Nº 3. Modelos de sombreros.

El primero es de terciopelo malva. El ala de forma *Medicis* es redondo y se levanta en diadema, guarnecido de hojas de seda y azabache. Bandó de encaje rizado con adornos de oro y acero en el rizado. Velo de tul blanco y encaje.

El segundo es de casco redondo de terciopelo verde, con un ala de encaje que forma una serie de cubiletes de donde salen espigas de oro. Gran velo de encaje que se recoge á voluntad en torno del cuello ó se coloca como los velos ordinarios.

El tercer sombrero es de terciopelo negro con diadema de raso verde, y está guarnecido de placas de azabache ó de oro y acero. Una ancha cinta de terciopelo negro envuelve el sombrero y remata con un lazo y cintas de atar de raso verde. Por detrás velo de encaje.

Nº 4. Traje de baile.

Entre los trajes de baile mas

sencillos y graciosos inventados para las últimas fiestas parisienses, se cuenta el que representa nuestra figura.

Compónese este traje de un vestido de raso azul con volante de encaje que sube de lado hasta la cintura. Cuerpo griego y camisolín plegado guarnecido de blonda. Peinado muy alto con bucles caídos hasta el cuello. Collar, medallón y pendientes de oro mate.

Nº 5. Traje de baile.

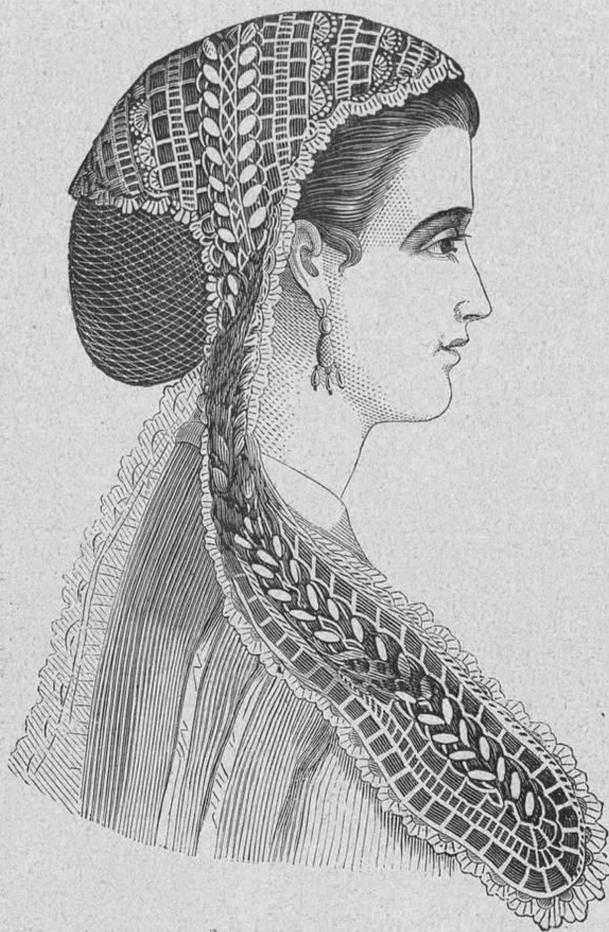
El traje de baile señalado con el Nº 5 se compone de un vestido blanco de seda, con ruche de blonda formando greca. Segunda falda de tul recogida de lado con un lazo de terciopelo cereza. Cuerpo escotado de forma cuadrada, con tirantes y lazos de hombro, también de terciopelo cereza. Collar y pendientes de coral.

Nº 6. Traje de calle y de visita.

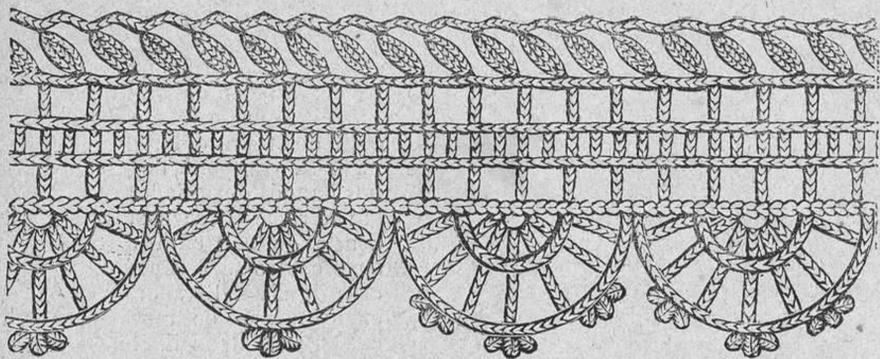
Este traje de calle que sirve también para hacer visitas, se compone de una primera falda negra de poult de seda, con otra de imperio de rayas satinadas verdes y negras; casaca medio ajustada sin mangas, de seda igual a la primera falda con sesgos de raso. Sombrero de terciopelo negro con diadema de acero; cintas de atar de terciopelo.

Nºs 7 y 8. Tocado al crochet.

Además del conjunto de este bonito tocado llamado



Nº 7. Tocado al crochet.



Nº 8. Detalle del tocado.

Nº 9. «Pouf» ó almohadilla para los piés, al crochet.

Se hacen 196 mallas ó puntos cadeneta de lana del color rojo mas oscuro; se cierra la cadeneta y se hace una vuelta de crochet conchas, para lo cual hay que volver cinco veces la lana sobre el crochet en la cadeneta y echarle sobre todas las lanas; luego se hace una malla cadeneta, se introduce en la malla de al lado, se hace una malla doble, y despues se empieza otra concha, y así se continúa toda la vuelta.

2ª vuelta. — Se divide la vuelta en siete partes; se hacen doce conchas con el segundo matiz de encarnado poniendo siempre 1 m. d. entre cada concha y teniendo cuidado de contrariarlas con las de la vuelta precedente. Despues de haber hecho doce conchas, se hace 1 m. d. introduciendo el crochet bajo la malla de la vuelta precedente; por último, se hacen 12 conchas mas y se continúa así toda la vuelta.

3ª vuelta. — Tercer matiz de encarnado. 11 conchas, 1 m. d.

4ª vuelta. — Cuarto matiz de encarnado. 11 conchas, 3 m. d.

5ª vuelta. — El mismo color. 9 conchas, 5 m. d.

6ª vuelta. — El mismo color. 8 conchas, 7 m. d.

7ª vuelta. — Quinto matiz de encarnado. 7 conchas, 9 m. d.

8ª vuelta. — El mismo color. 6 conchas, 11 m. d.

9ª vuelta. — El mismo color. 5 conchas, 13 m. d.

10ª vuelta. — Sexto matiz de encarnado. 4 conchas, 15 m. d.

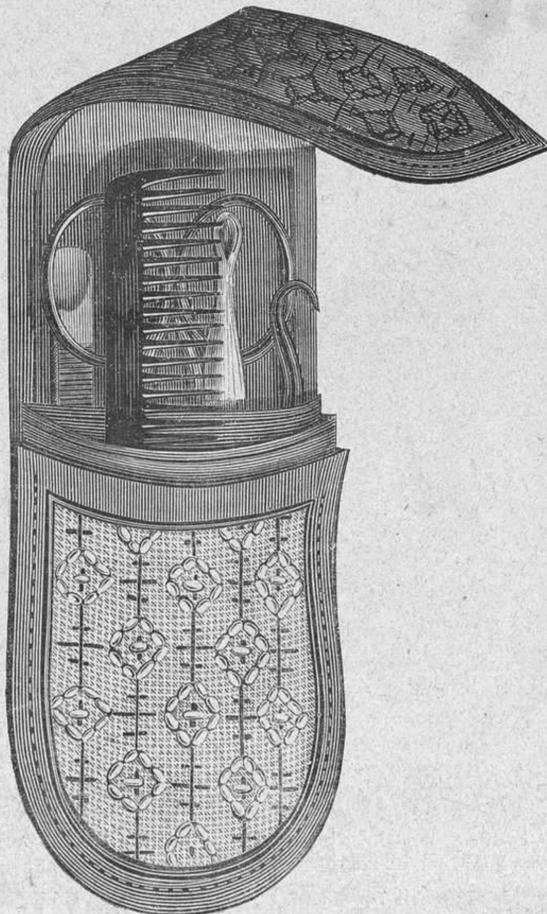
11ª vuelta. — El mismo color. 3 conchas, 17 m. d.

12ª vuelta. — El mismo color. 2 conchas, 19 m. d.

13ª vuelta. — El mismo color. 1 concha, 21 m. d.

Terminado esto, se continúa trabajando con el matiz encarnado mas claro, y se hacen mallas dobles menguando, de modo que el redondel se cierre por sí mismo.

El pouf es ya muy bonito así, pero para hacerle mas elegante, se borda al pasado sobre el crochet, una margarita de grandes dimensiones y de 16 pétalos en el centro.



Nº 10. Neceser de bolsillo.

fanchon, reproducimos del tamaño natural, el dibujo de la mitad de uno de los ataderos al crochet.

Se emplea hilo de Irlanda número 80, y un crochet de acero de un grueso correspondiente.

El entredos cuya mitad se ve en nuestro dibujo, forma el medio de la fanchon y de los ataderos. El largo total, desde el cabo de uno de los ataderos hasta el otro, es de 1 metro 20 centímetros. Por el medio de este entredos se comienza la labor sobre una cadeneta de 1 metro 20 centímetros de largo.

1ª vuelta. — 4 barretas ó puntos altos; picar ó introducir en la tercera malla cadeneta, 4 m. c. cogidas en la sétima m. c.

2ª vuelta. — 5 m. c. picar en la primera de las 4 barr. de la vuelta anterior; tirar el crochet y volver á empezar 5. m. c.

3ª vuelta. — 5. m. c. y barr. en el medio de las 5 m. c. de la vuelta precedente.

4ª vuelta. — Toda á calados de una sola m. c., dejando 1 m. entre cada una.

5ª vuelta. — Como la tercera. Calados grandes.

6ª vuelta. — 9. m. d., 2 m. c., 8 barr. con 1 m. c. entre cada una; picar en la malla de la barreta de la vuelta precedente, 2 m. c.

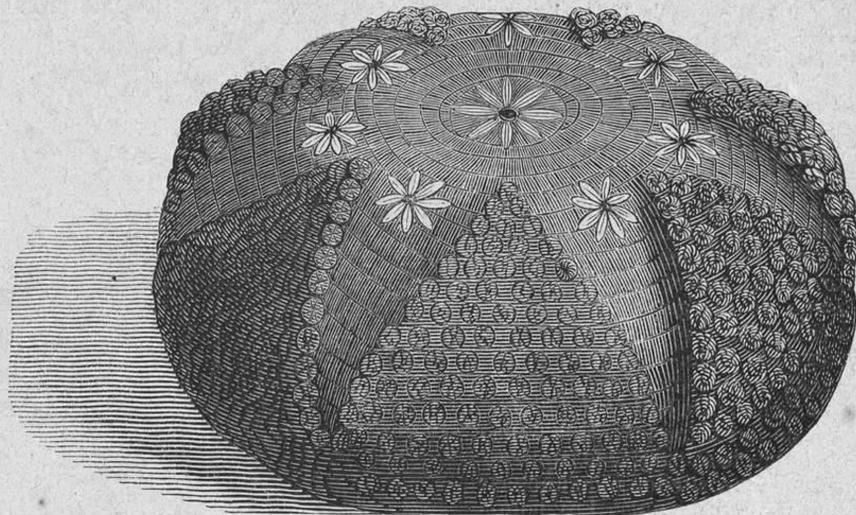
7ª vuelta. — 5 m. c. d. principiando sobre la tercera de la vuelta precedente, 9 calados, 2 m. c. entre cada uno; las barretas descansan en las de la vuelta precedente.

Se vuelven á hacer 5 m. dobles, etc. Sobre los calados tercero, quinto y sétimo, se hacen tres picos formados de 4 m. c., y se pica en el pié de la malla.

Esta vuelta termina la mitad del entredos.

Luego se vuelve la labor y se hace la otra mitad del mismo modo. En los ataderos se hace á cada lado del entredos una hilera de conchitas.

En el delantero del tocado hay tres hileras de conchitas, y por detrás hay cuatro.



Nº 9. Pouf ó almohadilla para los piés, al crochet.

Esta margarita se hace con lana blanca, y luego se lanza sobre cada pétalo un torzal de seda blanca de Argel, lo que da mucho brillo á la labor. El corazon se hace de lana negra. Entre cada una de las puntas formadas por el crochet, se borda una margarita mas pequeña de ocho pétalos del mismo modo que la grande.

Para montar el pouf, se corta un redondel de carton de 31 centímetros de diámetro, se cubre de percalina encarnada, se hace una armazon de percalina igual, se cose al rededor del carton y se llena con fuco. Así que de este modo se ha preparado bien la forma, se tiende la labor por encima, y á fin de que quede un poco plano por arriba, se hunde el centro con una cuerdecilla que se introduce con una aguja de parte á parte, y se fija sólidamente por debajo del carton.

Nºs 10 y 11. Neceser de bolsillo.

Nuestro grabado representa el neceser de bolsillo de tamaño natural, y en este pequeño objeto se encuentran: un peinecito de concha, un par de tijeras, un abrochador de botones, una lima para las uñas, un pasatrencilla de acero y un rascador de oídos de marfil. El interior es de piel gris, y todo el exterior de cañamazo java, bordado, con un borde de taflete encarnado pespunteado.

Damos aparte el dibujo del bordado sobre cañamazo java. Los rombos se hacen de seda encarnada á puntitos sesgados cogidos sobre un solo cuadro de cañamazo, y en medio de cada rombo se hace un punto cruzado negro por debajo y amarillo por encima. El dibujo que alterna con los rombos se hace de seda negra á punto lanzado.

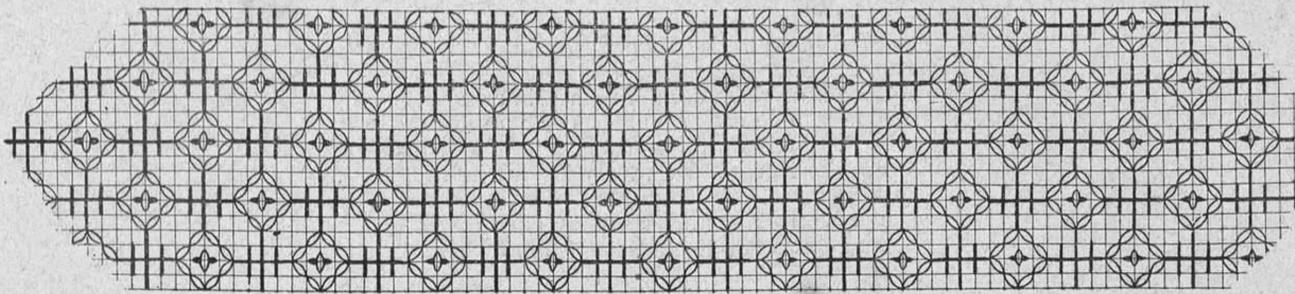
N^{os} 12, 13, 14 y 15. Canastillo de mimbre con guarnicion de paño bordado.

Este canastillo ovalado es de mimbre fino y le adorna una guarnicion recortada de paño encarnado, bordado y coronado con una estrecha banda de paño negro bordado igualmente.

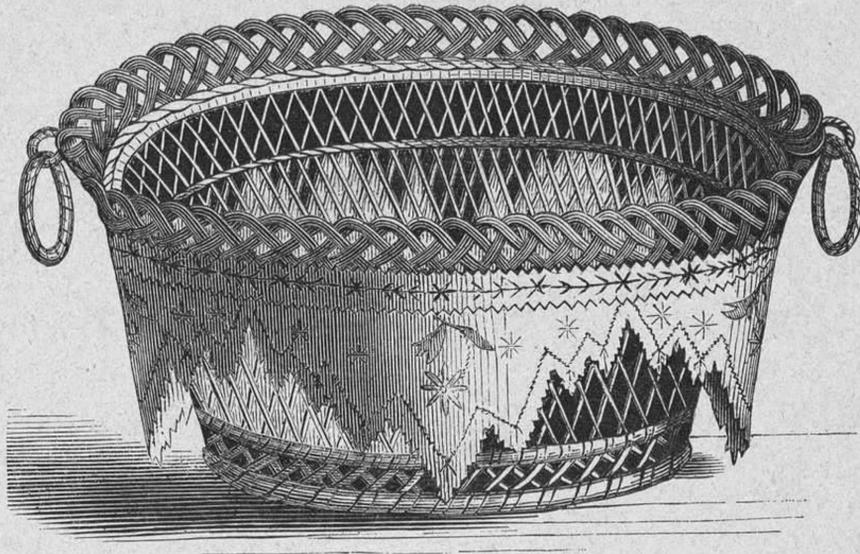
Damos el dibujo del bordado, así como tambien el de un poco mas de la mitad del fondo, que es asimismo de paño encarnado con aplicaciones de paño negro y blanco.

Se recorta una banda de paño para la guarnicion que debe rodear el canastillo; una línea á punto de cadeneta, de seda negra, sigue los contornos de las ondas y cada uno de los ángulos está marcado por grupos de tres puntos lanzados amarillos. La flor principal se hace de seda blanca al punto llamado de camino de hierro. Debemos explicar aquí cómo se hace este punto.

Se enebra seda floja en una aguja, se pica la aguja de abajo arriba, al pié de uno de los pétalos de la flor, y se lleva la seda hasta el extremo, donde se sujeta con el dedo pulgar de la mano izquierda; se pica la aguja al lado del sitio por donde se ha sacado en el bajo del pétalo y se la hace volver á salir al otro extremo por dentro de la seda que sujeta el pulgar, y por último, se saca la aguja, sosteniendo siempre el cabo de seda hasta el fin del punto. Así el pétalo se encuentra cubierto de seda, y entonces se hace un puntito al extremo del péta-



N^o 11. Bordado en cañamazo java para el neceser de bolsillo.



N^o 12 Canastillo.

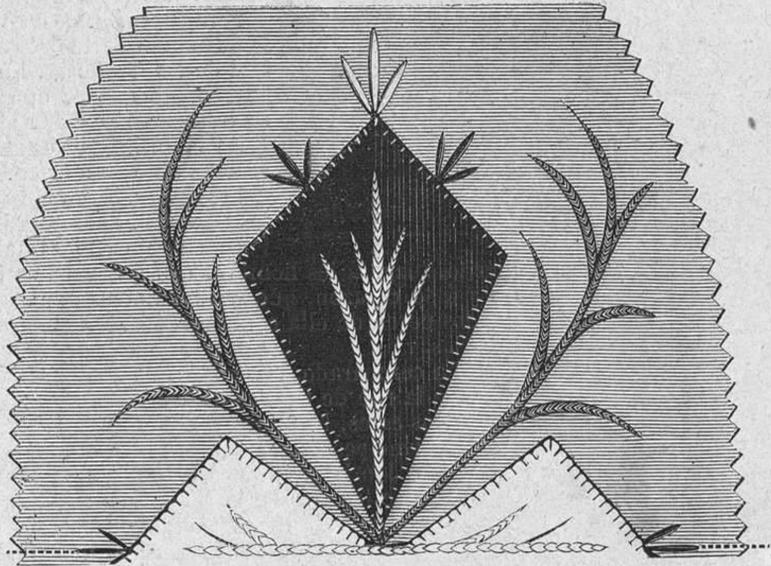
lla grande que se hace de relieve, sujetando solamente las extremidades de los rayos de la estrella; luego se trabaja sobre los hilos tendidos para formar cada uno de los rayos pasando siempre la aguja por encima y por debajo de los hilos.

En el centro se hace una rueda rodeada con un punto de feston. El dibujo de en medio, del que solo se ve

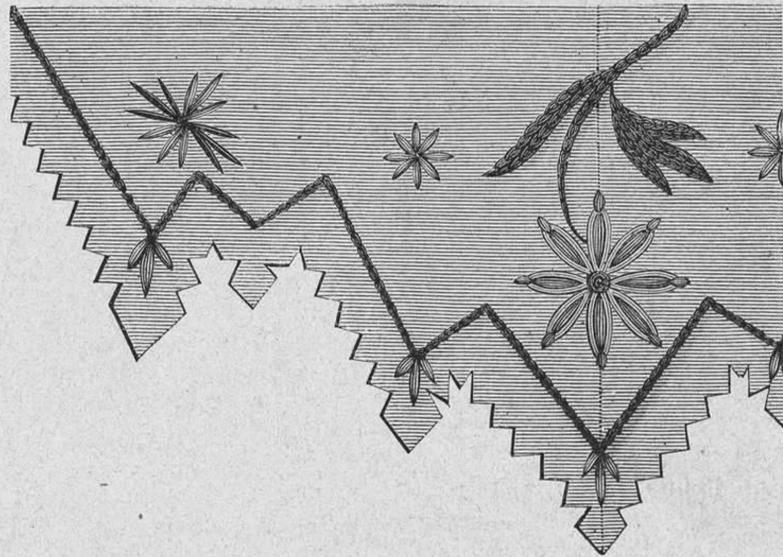
la cuarta parte en nuestro grabado, tiene cuatro ramales formados de pequeños triángulos al punto de Venecia, cuatro estrellas caladas cogidas sobre cuatro de los cuadritos, y un dibujo de cuatro ramales que recuerda los cuatro grandes ramales principales y se hacen del mismo modo.

Es bueno tender el cuadro en un marco de alambre rodeado de cinta, porque así la labor se hace mas fácilmente y mejor que cuando se cose sobre un hule.

El dibujo que damos es de gran efecto por el contraste que ofrecen las hermosas estrellas de relieve sobre el fondo claro y delicado del punto de esprit. Le recomendamos para velo de sillón ó de canapé sobre un fondo de raso de color que forma tablero de damas con los cuadros de guipure hechos encima. Todo ello se rodea con un encaje de filocha bordada, ó con una guarnicion al crochet, muy fina, ó en fin, con una franja de seda del color del fondo del raso.



N^o 13. Mitad del fondo del canastillo.



N^o 14. Guarnicion del canastillo.

lo, picando la aguja de dentro á fuera de la seda, y se la hace volver á salir, pasando por debajo de la tela, al pié del pétalo siguiente.

De este modo se hacen los ocho pétalos de la flor y se pone en el centro un punto anudado de seda amarilla. El tallo y el follaje son de verde matizado y se hacen á punto de cadeneta. Las estrellas que se ven á cada lado se hacen á punto lanzado, de seda amarilla. El dibujo siguiente es tambien á punto lanzado, una parte negra y otra amarilla.

Se fija la guarnicion con algunos puntos al rededor del canastillo, y encima se pone una angosta banda de paño negro dentado á cada lado. Encima se bordan estrellas á punto de camino de hierro, empleando alternativamente los colores blanco, azul y encarnado; el tallo y el follaje á punto lanzado son de verde matizado.

El fondo, del que representa un poco mas de la mitad el N^o 13, es un óvalo de paño dentado. Una de las hojas grandes y una de las pequeñas son de paño negro, y las otras de paño blanco. El paño negro está rodeado de punto méjico amarillo, con puntos lanzados color de naranja. El paño blanco tiene el punto méjico azul y los puntos lanzados encarnados. Los ramajes se bordan sobre el

fondo encarnado, á punto de cadeneta en verde matizado. Por medio de algunos puntos se fija el óvalo de paño bordado en el fondo del canastillo, que no necesita forro.

N^o 16. Cuarto de un cuadro de filocha bordada.

Nuestro grabado representa la cuarta parte, en tamaño natural, de un cuadro de filocha bordada, de modo que hay que reproducirle tres veces mas para tener el cuadro completo.

La orla exterior está hecha al punto de esprit alternado con un cuadrito vacío, y luego viene una labor mate al punto de lienzo. En cada punta hay una estre-



N^o 15. Banda que se pone encima de la guarnicion.

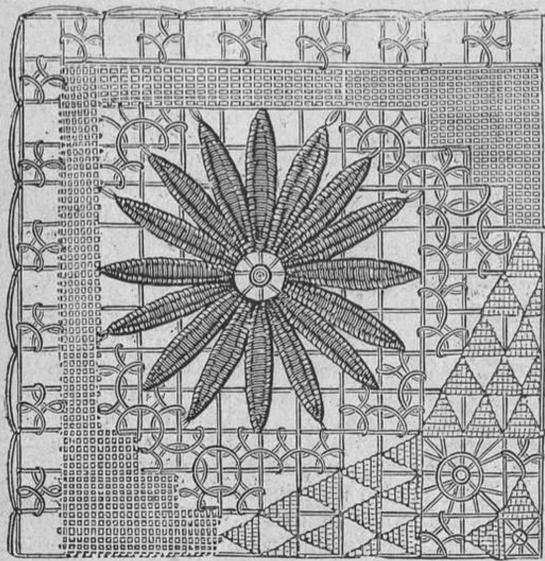
N^{os} 17, 18 y 19. Gorro griego.

Además del conjunto del gorro griego damos el dibujo del tamaño natural de la banda que le rodea y del casco en cuyo derredor se frunce la banda. La labor se hace al punto lanzado con seda fina sobre cachemira negro; primero se forra de tela de algodón y luego se extiende en un telar de bordar, de cuyo modo será mas fácil la hechura y quedará mejor.

Hé aquí cómo están dispuestos los matices de la seda en nuestro modelo, y no hay para qué decir que pueden variarse como se desee.

El primer borde de cada lado de la banda se compone de rombos formados de cuatro puntos encarnados con una estrella verde en medio, y de un grupo de tres puntos lanzados blancos entre cada rombo.

Viene luego, tambien á cada lado de la banda, una pequeña guirnalda verde con punto anudado rojo. El medio de la banda está ocupado por redondeles enteros y secciones de redondeles. Los primeros tienen una greca cuyo contorno exterior es de hilo de oro y el contorno interior de seda azul. El círculo que sigue se hace de pequeños festones de cuatro puntos de seda encarnada, soste-



Nº 16. Cuarto de un cuadro de filocha bordada.

y en su derredor se frunce la banda. En el centro del casco se fija con un cabo de cordoncillo una gran borla de pasamanería de seda negra.

El dibujo de la banda de este gorro griego puede servir para bordar un bajo de enagua de tela de lana ó de alpaga, negro ó blanco. En este caso se emplea lana de 2 hilos, en lugar de seda.

Este adorno está muy en moda y es de muy buen gusto. El bordado, que no es más que un trazado, es muy fácil y se hace prontamente. Recomendamos que se monte la labor en un telarcito.

Variedades.

MUJERES ILUSTRES DE LA FRANCIA CONTEMPORÁNEA.

(Continuacion.)

— ¡A buena hora! exclamó el artista en un acceso de franqueza ruda.

No solamente no se enfadó, sino que refirió á sus amigas mas íntimas la aventura con deliciosos comentarios.

Todos los actos de su vida prueban la sencillez de su carácter y la grande elevacion de sus pensamientos.

Cuéntase que en su espléndido guardaropa hay una prenda, cuya moda ha pasado, muy usada y descolorida.

Jamás se la pone, pero la lleva á todas partes adonde va.

— ¿Es algun talisman? ¿Alguna reliquia?

— No, Pepa, dijo un día á una de sus servidoras que queria destruir aquella prenda, quiero llevarla: la llevaba cuando él me vió por la primera vez.

LA PRINCESA CLOTILDE.

Un poeta italiano empezaba de ese modo en 1859 un epitalamio dedicado á su joven compatriota:

«Que un arcángel me preste una pluma de sus alas para cantar los elogios de su hermana, un ángel como él.»

Algo hay de esto.

Hay algo de ángel en sus cabellos de oro, en su mirada vaga, en su mirada que no se fija nunca, que parece buscar siempre una idea. Si no refleja la Italia en sus ojos, refleja la poesía que ha nacido en aquel país.

Aunque vistiese de paño burdo, la princesa Clotilde parecería siempre una reina.

Sus hombros están formados para llevar el manto de armiño, y sus manos para sostener el cetro.

La hada de la naturalidad y la sencillez ha sido siempre su compañera.

Su retratista, que ha tenido la suerte de ver en Turin la habitacion en que la hija de Victor Manuel ha pasado los primeros años de su vida, la describe de este modo:

Una cama de hierro, una mesa, algunas sillas comunes, un espejo en donde no habia espacio para la coqueteria.

Tales eran los adornos de la habitacion de la joven.

nidos en las puntas por un hilo de oro. El círculo mas pequeño se hace en feston de un solo punto pequeño blanco con rayos de hilo de oro que le unen al círculo precedente. La estrella del centro es de puntos lanzados oro y rojo.

La seccion de redondel tiene un primer contorno de rombos de hilo de oro, reunidos por puntitos de seda encarnada. El círculo interior forma festones, cuyos dos contornos exteriores son verdes y los dos interiores color de hoja seca; en cada punta de los festones se hace un grupo de tres puntos lanzados encarnados, y los rasgos que atraviesan los festones son encarnados igualmente.

El motivo ó dibujo del centro es de hilo de oro y seda color de hoja seca; los festones están reunidos al motivo del centro por largos puntos blancos. Entre los redondeles se ve un dibujito de seda blanca con una cruz azul en medio, y las puntas están sostenidas por un puntito azul. A cada lado de este dibujito hay un grupo de tres puntos lanzados azules.

La banda del gorro tiene 65 centímetros de larga, y se forra una sedilla negra almohadillada y pespunteada en rombos, y luego se pone por dentro una banda mas estrecha de taflete negro para preservar el forro.

El casco se borda lo mismo y con los mismos colores,



Nº 17. Gorro griego.

Una princesa alemana le contestó:

— Es el mayor elogio que puede hacerse de una mujer en nuestro país.

LA PRINCESA MATILDE.

Ama las artes y tiene el carácter y la belleza de las italianas.

Sus ojos tienen miradas tranquilas y apasionadas, y su perfil, que era bello cuando su rostro tenia las facciones mas acentuadas, se ha embellecido mas desde que sus contornos se han redondeado.

Esta es, pues, una decadencia que no impide á la princesa ser encantadora, y todavia por las noches, en los salones, se pueden admirar sus hombros de un esplendor nacarado.

Para juzgarla, no conviene verla formando parte del cortejo oficial de las Tullerías. En la corte parece, en efecto, una partitura de orquesta arreglada al piano.

En la intimidad es donde aparece en todo su apogeo.

Los títulos, las condecoraciones, los honores, apenas la interesan.

Pero rinde culto al talento, al mérito. Juzga á los hombres con arreglo á su inteligencia y á su corazón, que son los únicos que están acreditados cerca de ella como verdaderos enviados extraordinarios.

Se ha comparado, con razon, á su cohorte y á su palacio de la rue de Courcelles con la corte de Italia, en donde las artes, las letras y las ciencias eran honradas por los príncipes.

Jamás se muestra la princesa mas dichosa que los dias en que con sus cuadros ha conquistado la medalla de oro.

En suma, es la mujer mas dichosa del mundo, puesto que debe á su fortuna y á su talento una envidiable independencia.

Señas particulares: no lee á Edmundo About.

MADAMA SCHNEIDER.

Talle elegante, estatura elevada, aire benévolo, aspecto noble, continente majestuoso, espaldas que muchas jóvenes querrian ostentar, brazos lujosamente torneados, hermosos cabellos negros sobre los que brillan con coqueteria algunas canas cuidadosamente ocultas.

Madama Schneider es muy corta de vista, circunstancia desagradable para desempeñar las funciones de lo que llaman los revisteros *la señora de la casa*.

Pero tiene un tacto exquisito y una inteligencia maravillosa.

Su hija política es la antígona de madama Schneider.

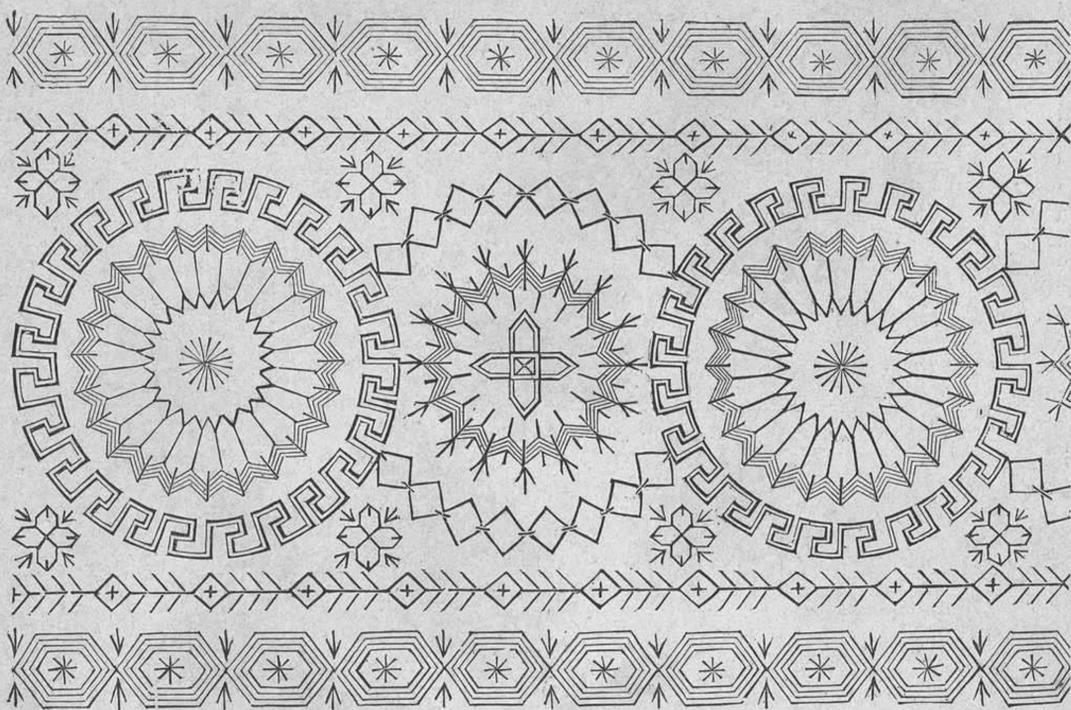
Posee unos ojos que parecen dos carbunclos y le acompañan todos los dones de la belleza.

MADAMA HAUSSMANN.

Estatura pequeña, sin ser gruesa, cabellos negros formando bandós lisos, mirada extraordinariamente dulce y benévola. La felicidad sonríe en sus labios.

Es la esposa del célebre prefecto de Paris y se distingue por el interés que le inspiran los que asisten á sus continuos saraos.

(Se continuará.)



Nº 18. Banda del gorro griego.

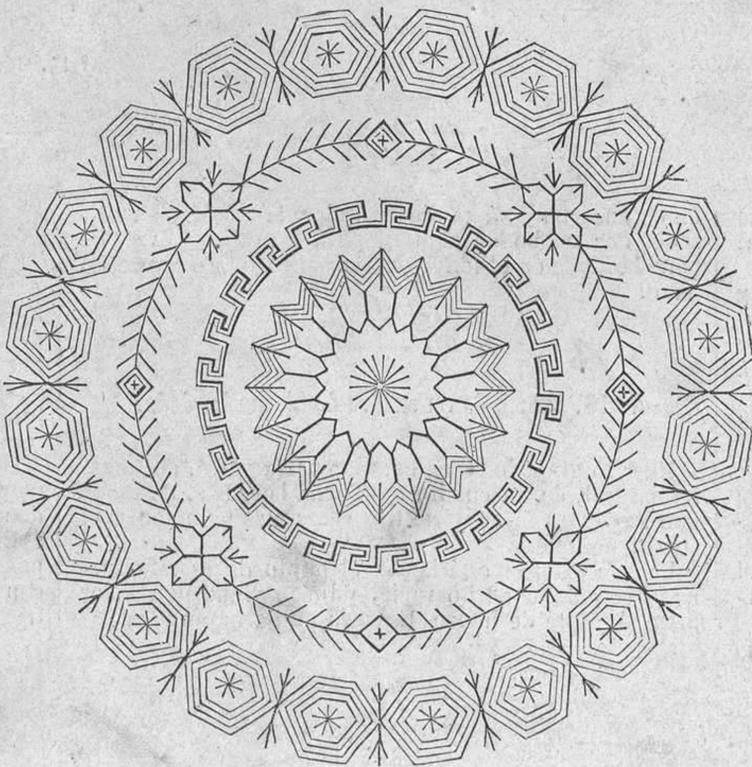
En los grandes salones, en las grandes fiestas parece decir su fisonomía:

— ¿Cuándo acabará esto?

Sin la fe religiosa y los cuidados maternales pasaría una vida muy aburrida.

Un personaje extranjero, muy conocido, decia no há mucho:

— Se habla muy poco en Francia de la princesa Clotilde.



Nº 19. Casco del gorro griego.